

A Marco Morri

ÍNDICE

Prólogo	13
Fuera de Europa, 1555	15
El ojo de Carafa (1518)	17

PRIMERA PARTE. EL ACUÑADOR

Frankenhausen (1525)	25
Capítulo 1	27
Capítulo 2	31
Capítulo 3	33
Capítulo 4	36
Capítulo 5	37
Capítulo 6	41
Capítulo 7	43
La doctrina, el cenagal (1519-1522)	47
Capítulo 8	49
El ojo de Carafa (1521)	53
Capítulo 9	62
Capítulo 10	65
Capítulo 11	66
La alforja, los recuerdos	69
Capítulo 12	71
Capítulo 13	76
Capítulo 14	78
Capítulo 15	80
Capítulo 16	84
Capítulo 17	87
Capítulo 18	90
Capítulo 19	94
Capítulo 20	98
Capítulo 21	102
Capítulo 22	108
Capítulo 23	111
Capítulo 24	114
Capítulo 25	117
Capítulo 26	125
Capítulo 27	127
Capítulo 28	131
Capítulo 29	133

El ojo de Carafa (1525-1529)	137
SEGUNDA PARTE. UN DIOS, UNA FE, UN BAUTISMO	
Eloi (1538)	153
Capítulo 1	157
Capítulo 2	160
Capítulo 3	166
Capítulo 4	171
Capítulo 5	176
Capítulo 6	179
Capítulo 7	181
Capítulo 8	185
Capítulo 9	189
Capítulo 10	192
Capítulo 11	193
Capítulo 12	196
Capítulo 13	198
Capítulo 14	200
Capítulo 15	203
Capítulo 16	207
Capítulo 17	209
Capítulo 18	217
Capítulo 19	220
Capítulo 20	223
Capítulo 21	226
Capítulo 22	230
El ojo de Carafa (1532-1534)	233
El Verbo se hizo carne (1534)	245
Capítulo 23	247
Capítulo 24	249
Capítulo 25	256
Capítulo 26	261
Capítulo 27	268
Capítulo 28	271
Capítulo 29	275
Capítulo 30	299
Capítulo 31	303
Capítulo 32	309
Capítulo 33	312
Capítulo 34	317
Capítulo 35	321
Capítulo 36	326
Capítulo 37	334

Capítulo 38	339
Capítulo 39	343
El ojo de Carafa (1535)	351
Capítulo 40	357
El mar (1538)	363
Capítulo 41	365
Capítulo 42	373
Capítulo 43	384

TERCERA PARTE. «EL BENEFICIO DE CRISTO»

Basilea (1545)	403
Capítulo 1	405
Capítulo 2	410
Capítulo 3	413
Capítulo 4	416
Capítulo 5	423
El diario de Q.	428
Capítulo 6	431
Venecia	433
Capítulo 7	435
Capítulo 8	441
Capítulo 9	443
Capítulo 10	445
Capítulo 11	449
Capítulo 12	452
Capítulo 13	457
Capítulo 14	460
El diario de Q.	468
Capítulo 15	470
Capítulo 16	473
Capítulo 17	478
Capítulo 18	483
El diario de Q.	488
Tiziano	489
Capítulo 19	491
Capítulo 20	493
Capítulo 21	496
Capítulo 22	499
Capítulo 23	501
El diario de Q.	503
Capítulo 24	504
El diario de Q.	506
Capítulo 25	514

Capítulo 26	516
El diario de Q.	521
El diario de Q.	523
El diario de Q.	525
Capítulo 27	527
El diario de Q.	529
Capítulo 28	531
El diario de Q.	534
Capítulo 29	535
El diario de Q.	538
Capítulo 30	539
El diario de Q.	541
Capítulo 31	543
El diario de Q.	550
Capítulo 32	555
El diario de Q.	561
El diario de Q.	564
Capítulo 33	566
El diario de Q.	568
El diario de Q.	571
Capítulo 34	573
El diario de Q.	575
Capítulo 35	578
El diario de Q.	581
Capítulo 36	584
El diario de Q.	587
El diario de Q.	588
El diario de Q.	592
Capítulo 37	595
Capítulo 38	597
Qoèlet	599
Capítulo 39	601
El diario de Q.	603
Capítulo 40	604
Capítulo 41	608
Capítulo 42	615
Capítulo 43	623
Capítulo 44	627
Capítulo 45	629
Epílogo	635
Estambul, Navidad de 1555	637
Personajes, ciudades y documentos	643

PRÓLOGO

Fuera de Europa, 1555

En la primera página hay escrito: En el fresco soy una de las figuras del fondo.

La letra meticulosa, sin borrones, pequeña. Nombres, lugares, fechas, reflexiones. El cuaderno de los últimos días convulsos.

Las cartas amarillentas y decrépitas, polvo de décadas pasadas.

La moneda del reino de los locos se bambolea en mi pecho para recordarme el eterno movimiento pendular de la humana fortuna.

El libro, tal vez el único ejemplar impreso, no ha sido abierto aún.

Los nombres son nombres de muertos. Los míos, y los de aquellos que recorrieron los tortuosos senderos.

Los años que hemos vivido han sepultado para siempre la inocencia del mundo.

Os prometí no olvidar.

Os he salvado del olvido.

Quiero tenerlo todo bien controlado, desde un principio, los detalles, el azar, el fluir de los acontecimientos. Antes de que la distancia empañe la mirada que se vuelve hacia atrás, atenuando el estruendo de las voces, de las armas, de los ejércitos, la risa, los gritos. Y sin embargo solo la distancia permite remontarse a un probable comienzo.

1514. Alberto de Hohenzollern es nombrado arzobispo de Magdeburgo. A los veintitrés años. Más oro en las arcas del Papa: compra también el arzobispado de Halbertstadt.

1517, Maguncia. El más vasto principado eclesiástico de Alemania aguarda el nombramiento de un nuevo obispo. Se obtiene el nombramiento, Alberto tiene en sus manos un tercio de todo el territorio alemán.

Hace su oferta: catorce mil ducados por el arzobispado, más diez mil por la dispensa papal que le permita conservar todos los cargos.

El asunto se negocia por medio de la banca Fugger de Augsburgo, que anticipa la suma. Una vez cerrada la operación, Alberto debe a los Fugger treinta mil ducados.

Son los banqueros quienes deben establecer las modalidades de pago. Alberto debe fomentar en sus dominios la predicación de las indulgencias del papa León X. Los fieles deberán realizar una contribución para la construcción de la basílica de San Pedro, a cambio

de lo cual obtendrán un certificado: el Papa los absuelve de sus pecados.

Solo la mitad de lo recaudado será para financiar los astilleros de Roma. Alberto empleará el resto para pagar a los Fugger.

El encargo será confiado a Johann Tetzel, el más experto predicador del lugar.

Tetzel recorre los pueblos durante el verano del 17. Se detiene en la frontera con Turingia, que pertenece a Federico el Sabio, duque de Sajonia. No puede poner los pies allí.

Federico recauda por su propia cuenta las indulgencias, a través de la venta de reliquias. No acepta competidores en sus territorios. Pero Tetzel es un hijo de puta: sabe que los súbditos de Federico harán de buena gana unas pocas leguas más allá de la frontera. El paraíso bien vale un pequeño obstáculo en el camino.

El ir y venir de almas en busca de palabras tranquilizadoras tiene terriblemente indignado a un joven fraile agustino, doctor por la Universidad de Wittenberg. No puede tolerar el obsceno mercadeo puesto en marcha por Tetzel, con escudo de armas y sello pontificio bien visibles.

31 de octubre de 1517. El fraile clava en la puerta sur de la iglesia de Wittenberg noventa y cinco tesis contra el tráfico de indulgencias, escritas de su puño y letra.

Se llama Martín Lutero. Con ese gesto da comienzo la Reforma.

Un punto de origen. Recuerdos que recomponen los fragmentos de toda una época. La mía. Y la de mi enemigo: Q.

**El ojo de Carafa
(1518)**

Carta enviada a Roma desde la ciudad sajona de Wittenberg, dirigida a Gianpietro Carafa, miembro de la consulta teológica de Su Santidad León X, fechada el 17 de mayo de 1518.

Al ilustrísimo y reverendísimo señor y padre meritísimo Giovanni Pietro Carafa, de la consulta teológica de Su Santidad León X, en Roma.

Ilustrísimo y reverendísimo dueño y señor mío meritísimo:

El más fiel servidor de Vuestra Señoría se dispone a dar cuenta de lo que acontece en esta perdida landa, que de un año a esta parte parece haberse convertido en el centro de toda diatriba.

Desde que hace ocho meses el monje agustino Martín Lutero clavara sus tan cacareadas tesis en el portal de la catedral, el nombre de Wittenberg ha viajado a lo largo y a lo ancho en boca de todos. Jóvenes estudiantes de los estados limítrofes afluyen a esta ciudad para escuchar de viva voz del predicador esas increíbles teorías.

Muy en particular la predicación contra la compraventa de las indulgencias parece ganarse los mayores aplausos entre las jóvenes mentes, abiertas a las novedades. Lo que hasta ayer mismo era práctica corriente e indiscutida, el recibir el perdón de los pecados a cambio de una piadosa donación a la Iglesia, parece ser hoy criticado por todos como si se tratara de un escándalo innombrable.

Una fama semejante y tan repentina ha vuelto a Lutero insolente y arrogante; este se siente poco menos que investido de una misión ultraterrena, cosa que lo lleva a aventurarse aún más, a llegar mucho más lejos.

De hecho, ayer sin ir más lejos, como todos los domingos, mientras predicaba desde el púlpito sobre el evangelio del día (se trataba del texto de Juan 16, 2: «Os echarán de la sinagoga»), añadió al «escándalo» del mercado de las indulgencias otra tesis, a mi juicio más peligrosa si cabe.

Lutero ha afirmado que no hay que temer demasiado las consecuencias de una excomunión injusta, puesto que no atañe más que a la comunión exterior con la Iglesia, y no a la interior. Esta última, en efecto, atañe únicamente al vínculo de Dios con el fiel, que ningún hombre puede declarar disuelto, ni tan siquiera el mismo Papa. Tanto más cuanto que una excomunión injusta no puede perjudicar al alma, y si es soportada con resignación filial con la Iglesia, puede incluso convertirse en mérito estimable. Así pues, si alguien es exco-

mulgado injustamente, no debe desmentir mediante palabra o acto la causa por la cual fue excomulgado, debiendo soportar pacientemente la excomunión aun cuando tenga que morir excomulgado y no ser enterrado en tierra consagrada, pues tales cosas son con mucho menos importantes que la verdad y la justicia.

Concluyó con estas palabras: «Dichoso y bendito aquel que muere en una excomunión injusta, pues por el simple hecho de sufrir este duro castigo por amor a la justicia, que él no ha querido callar ni abandonar, recibirá por la gracia de Dios la eterna corona de la salvación».

Uniendo al deseo de servirle el agradecimiento por la confianza que V.S. ha demostrado tener en mí, tendré ahora el atrevimiento de escribir lo que es mi parecer acerca de las cosas que he expuesto más arriba. Al humilde observador de Vuestra Señoría Reverendísima le ha parecido claro que Lutero se huele en el ambiente una excomunión para él, así como el zorro huele el olor de los sabuesos. Y está afilando ya sus armas doctrinales y buscando aliados para un próximo futuro. Muy en especial creo que busca el apoyo de su señor el príncipe elector Federico de Sajonia, quien aún no ha manifestado públicamente su disposición de ánimo con fray Martín. No en vano es conocido como el Sabio. El señor de Sajonia sigue sirviéndose de ese hábil intermediario que es Spalatino, el bibliotecario y consejero de corte, con objeto de sopesar las intenciones del monje. Un personaje taimado y que no inspira la menor confianza, este Spalatino, del que ya hice una sumaria descripción en mi última misiva.

Vuestra Señoría comprenderá mejor que su servidor la perniciosa gravedad de la tesis sostenida por Lutero: quisiera despojar a la Santa Sede de su mayor baluarte, el arma de la excomunión. Y no menos evidente es que Lutero no osará nunca poner por escrito esta tesis suya, consciente del desatino que representa y del peligro que podría derivarse de ella para su persona. Por dicha razón he considerado oportuno hacerlo yo, a fin de que Vuestra Señoría pueda tomar a tiempo todas las precauciones que juzgue oportunas para pararle los pies a este fraile del diablo.

Beso las manos de Su Señoría Ilustrísima y Reverendísima, encomendándome como siempre a su gracia.

De Wittenberg, a 17 de mayo de 1518,
el fiel observador de Vuestra Señoría,
Q.

Carta enviada a Roma desde la ciudad sajona de Wittenberg, dirigida a Gianpietro Carafa, miembro de la consulta teológica de Su Santidad León X, fechada el 10 de octubre de 1518.

Al ilustrísimo y reverendísimo amo y señor meritísimo Giovanni Pietro Carafa, de la consulta teológica de Su Santidad León X, en Roma.

Ilustrísimo y reverendísimo amo y señor mío meritísimo:

Como servidor de Vuestra Señoría me he sentido enormemente halagado por la magnanimidad de que ha querido hacerme objeto, pues si el servirle es ya para mí un gran privilegio, el serle de utilidad me colma de verdadera alegría. La acusación oficial de herejía dirigida contra el fraile Martín Lutero, al que el Sermón sobre la Excomuni3n ha brindado un definitivo apoyo, haba de inducir al príncipe elector Federico a tomar por fin una postura respecto al monje, tal como Vuestra Señoría presagiaba. Los hechos de que me apresuro a ponerle al corriente son ya acaso una primera reacci3n del Elector ante el inesperado precipitarse de los acontecimientos, pues, en efecto, se dispone a cerrar filas con los te3logos de su universidad.

El 25 de agosto lleg3 a Wittenberg, como profesor de griego, Philipp Melanchthon, procedente de la prestigiosa Universidad de Tubinga. Creo yo que nunca en ninguna universidad del Imperio se ha visto a un profesor m3s joven que 3l: no tiene m3s que veintit3n a3os y, con su aspecto d3bil y demacrado, dir3ase que tiene menos a3n. Si bien lo precedió y acompañ3 una cierta fama durante el viaje, la acogida inicial de los doctores de Wittenberg no fue lo que se dice entusiasta. Su actitud, y en particular la de Lutero, no iban a tardar en cambiar, tan pronto como ese prodigio de saber cl3sico pronunci3 su discurso inaugural en el que ilustr3 la necesidad de un estudio riguroso de las Escrituras en sus textos originales. Desde ese momento, hubo con Martín Lutero un entendimiento intenso y fuerte. Esos dos profesores son seguramente un arma poderosa en manos del Elector de Sajonia, desde el momento en que, a pesar de lo distintos que son, est3n tan unidos. Cada uno de ellos proporciona al otro aquello de lo que carece para convertirse en un verdadero peligro para Roma: Lutero es osado y en3rgico, por m3s que tosco e impulsivo, mientras que Melanchthon es persona de gran cultura y refinada, aunque m3s joven y delicado, hecho m3s para los enfrentamientos doctrinales que para los campales. El primer alumbramiento peligro-

so de este maridaje será sin duda la Biblia en alemán, en la que se dice están trabajando de concierto y para la cual los conocimientos de Melanchthon serán como maná caído del cielo.

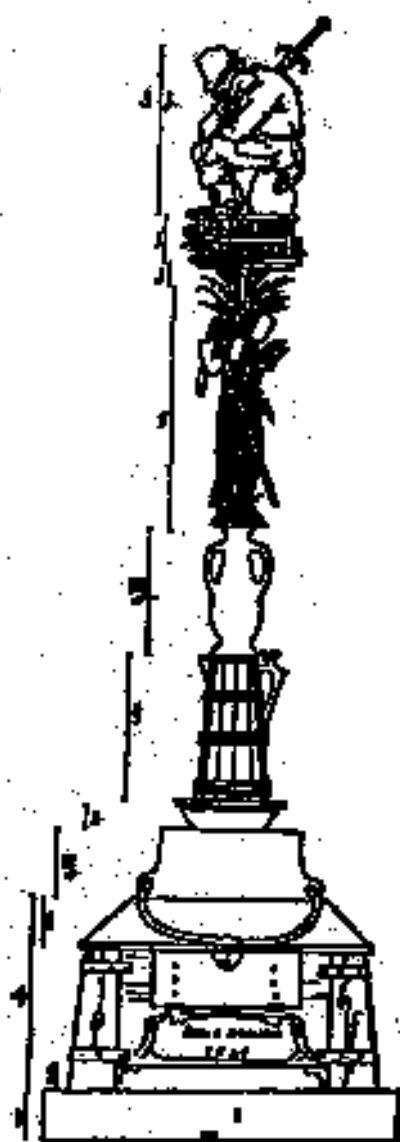
Como sé que Vuestra Señoría suele apreciar las informaciones concretas sobre las cosas importantes, seguiré en futuros días con atención a los doctores y referiré todo a Vuestra Señoría, con la única esperanza de poder serle de alguna utilidad.

Beso humildemente las manos de Vuestra Señoría Ilustrísima y Reverendísima.

De Wittenberg, a 10 de octubre de 1518,
el fiel observador de Vuestra Señoría,

Q.

PRIMERA PARTE
El Acuñaador



**Frankenhausen
(1525)**

CAPÍTULO 1
Frankenhausen, Turingia, 15 de mayo de 1525. Tarde

Casi a ciegas.

Lo que debo hacer.

Gritos en los oídos ya reventados por los cañones, cuerpos que chocan contra mí. Un polvo de sangre y sudor me obtura la garganta, la tos me desgarras.

Las miradas de los fugitivos: terror. Cabezas vendadas, miembros magullados... Me vuelvo continuamente: Elias viene detrás de mí. Se abre paso entre la multitud, enorme. Lleva sobre sus hombros a Magister Thomas, inerte.

¿Dónde está Dios omnipresente? Su grey está en el matadero.

Lo que tengo que hacer. Las alforjas, bien apretadas. Sin detenerse. La daga le golpea en el costado.

Elias siempre detrás.

Una silueta confusa corre a mi encuentro. Media cara cubierta de vendas, carne desgarrada. Una mujer. Nos reconoce. Lo que debo hacer: el Magister no debe ser descubierto. La agarro: no hablar. Gritos a mis espaldas:

—¡Soldados! ¡Soldados!

La alejo, vamos, ponerse a salvo. Un callejón a la derecha. A todo correr, Elias detrás, de cabeza. Lo que debo hacer: los portones. El primero, el segundo, el tercero, se abre. Dentro.

Cerramos el portón tras de nosotros. El rumor desciende. La luz se filtra débil por una ventana. La anciana está sentada en un rincón al fondo de la habitación, en una silla de enea medio desfondada. Pocas y pobres cosas: un banco deteriorado, una mesa, tizones que recuerdan un fuego reciente en una chimenea ennegrecida por el hollín.

Me acerco:

—Hermana, traemos a un herido. Necesitaría una cama y un poco de agua, en el nombre de Dios.

Elias está parado en la puerta, que ocupa totalmente. Siempre con el Magister cargado sobre los hombros.

—Por unas horas solamente, hermana.

Sus ojos son acuosos y no miran nada. La cabeza se bambolea arriba y abajo. Los oídos silban aún. La voz de Elias:

—¿Qué está diciendo?

Me acerco más a ella. En medio del zumbido del mundo, una cantinela apenas susurrada. No consigo entender sus palabras. La anciana ni siquiera sabe que estamos aquí.

Lo que debo hacer. No perder tiempo. Una escalera lleva arriba, una seña a Elías, subimos, por fin una cama donde echar a Magister Thomas. Elías se enjuga el sudor de los ojos.

Me mira:

—Hay que encontrar a Jacob y a Mathias.

Toco la daga y hago ademán de ir.

—No, ya voy yo, tú quédate con el Magister.

No tengo tiempo de responder, pues está ya bajando las escaleras. Magister Thomas, inmóvil, mira fijamente al techo. La mirada perdida, apenas un parpadeo, diríase que no respira.

Miro fuera: una perspectiva de casas desde la ventana. Da a la calle, un salto demasiado alto. Estamos en el primer piso, debe de haber por lo menos un granero. Observo el techo y a duras penas consigo distinguir la rendija de una trampilla. En el suelo hay una escalera. Medio carcomida, pero que aguanta igual. Me meto a gatas, el techo del granero es muy bajo, el suelo está cubierto de paja. Las vigas crujen a cada movimiento. Ni una ventana, algún rayo de luz penetra desde arriba por entre las tablas: la buhardilla.

Más tablas aún, paja. He de permanecer casi tendido. Una abertura da a los tejados: vertientes. Imposible para el Magister Thomas.

Vuelvo a donde está él. Tiene los labios secos, la frente que le arde. Busco agua. En el piso inferior, encima de la mesa, hay unas pocas nueces y una jarra. La cantinela prosigue incesante. Cuando acerco el agua a los labios del Magister veo las alforjas: mejor esconderlas.

Me siento en el taburete. Me duelen las piernas. Sostengo mi cabeza entre las manos, solo un instante, luego el zumbido se convierte en un fragor ensordecedor de gritos, caballos y hierros. Los bastardos a sueldo de los príncipes entran en la ciudad. Carrera hacia la ventana. A la derecha, en la calle principal: jinetes, picas abatidas, rastrean la calle. Se clavan contra todo cuanto se mueve.

En la parte opuesta: Elías desemboca en el callejón. Descubre los caballos: se para. Unos soldados a pie aparecen detrás de él. No tiene escapatoria. Mira alrededor: ¿dónde está Dios omnipresente?

Apuntan hacia él.

Levanta los ojos. Me ve.

Lo que debe hacer. Desenvaina la espada, se lanza gritando contra los soldados de a pie. Le ha sacado las tripas a uno de ellos, arrojado por tierra a otro de un testarazo. Tiene a tres encima de él. No

siente los golpes, aferra la empuñadura con las dos manos como si de una hoz se tratara, continúa lanzando mandobles.

Se apartan.

Por detrás: un lento galope, pesado, el jinete carga por la espalda. El golpe derriba a Elias. Se acabó.

No, vuelve a levantarse: máscara de sangre y furor. La espada empuñada aún. Nadie se acerca. Oigo que jadea. Tirón de las riendas, el caballo se da la vuelta. El hacha se alza. De nuevo al galope. Elias abre las piernas, dos raíces. Brazos y cabeza hacia el cielo, deja caer la espada.

El último golpe:

—Omnia sunt communia, ¡hijos de perra!

La cabeza rueda por el polvo.

Saquean las casas. Echan abajo los portones a patadas y hachazos. Dentro de poco nos tocará a nosotros. No hay que perder tiempo. Me inclino sobre él.

—Magister, escúchame, hemos de irnos, están al caer... Por Dios, Magister...

Lo agarro por los hombros. Respuesta: un susurro. No puede moverse. En la trampa, hemos caído en la trampa.

Igual que Elias.

La mano aprieta la espada. Como Elias. Quisiera tener su coraje.

—Pero ¿qué piensas hacer? Basta ya de martirio. Vete, piensa en ponerte a salvo.

La voz. Como llegada de las mismas entrañas de la tierra. No consigo creer que haya hablado. Está más inmóvil que antes. Golpes retumbantes abajo. Me da vueltas la cabeza.

—¡Vete!

De nuevo la voz. Me vuelvo hacia él. Inmóvil.

Golpes. El portón se viene abajo.

Está bien, las alforjas, no deben encontrarlas, vamos, sobre los hombros, escaleras arriba, los soldados insultan a la vieja, resbalo, no tengo apoyo, un peso excesivo, vamos, se me cae una alforja, ¡mierda!, suben las escaleras, dentro, retiro la escalera, cierro la trampilla, la puerta se abre.

Son dos. Lansquenetes.

Puedo espiarlos por una rendija entre las vigas. No he de moverme, pues al mínimo crujido, estoy perdido.

—Solo un vistazo y luego nos vamos, pues aquí no encontraremos nada... ¡Ah, pero si no estamos solos!

Se acercan a la cama, sacuden a Magister Thomas:

–¿Y tú quién eres? ¿Es esta tu casa?

Ninguna respuesta.

–Está bien, está bien, Günther, ¡mira qué tenemos aquí!

Han visto la alforja. Uno de ellos la abre:

–Mierda, no hay más que papeles, de monedas nada. ¿Qué es esto?
¿Tú sabes leer?

–¡Yo, no!

–Yo tampoco. Tal vez sea algo importante. Vayamos abajo a llamar al capitán.

–Pero ¿qué pasa, es que me das órdenes? ¿Por qué no vas tú?

–¡Porque esta bolsa la he encontrado yo!

Al final se deciden, el que no se llama Günther baja al piso inferior. Espero que el capitán tampoco sepa leer, pues de lo contrario se acabó.

Pasos pesados, el que debe de ser el capitán sube las escaleras. No puedo moverme. Tengo el paladar seco, la garganta llena de polvo del granero. Para no toser, me muerdo el interior de una mejilla y me trago la sangre.

El capitán comienza a leer. Solo me cabe esperar que no comprenda. Al final levanta la vista de las hojas:

–Es Thomas Müntzer, el Acuñador... mejor dicho, el Monedita.*

El corazón me da un vuelco. Miradas de complacencia: paga doble. Se llevan en peso al hombre que declaró la guerra a los príncipes.

Me quedo en silencio, incapaz de mover ni un músculo.

Dios omnipresente no está aquí ni en ninguna parte.

* Juego de palabras del alemán: müntzer significa ‘acuñador’, y müntzel, ‘monedita’.

CAPÍTULO 2
16 de mayo de 1525

Llega la claridad del alba. Me derrumbo, exhausto.

Al volver a abrir los ojos, en la completa oscuridad de la noche y de mi existencia, la primera sensación ha sido el total entumecimiento de los miembros.

¿Cuánto tiempo hace que se han ido?

Desde la calle subían juramentos de borrachos, ruidos de jarana, gritos de mujeres sometidas a las leyes de los mercenarios.

Para recordarme que estoy vivo, un picor infernal: en la piel una coraza de sudor, paja y polvo.

Vivo, libre de toser y de gemir.

El solo hecho de incorporarme y de trepar sobre el tejado con la alforja y la espada me ha supuesto un ímprobo esfuerzo. He esperado el tiempo necesario para acostumbrarme a la oscuridad escrutando la faz de la ciudad de la muerte.

Abajo, el resplandor de las hogueras diseminadas por todas partes iluminaba las jetas de los soldados en plena francachela, ocupados en beberse la paga por la más fácil de las victorias.

Enfrente, oscuridad. La oscuridad absoluta de los campos. A la izquierda, a unas pocas docenas de pasos, un tejado sobresalía más que los otros, soslayando el callejón de abajo, hasta el confin de la oscuridad absoluta. Reptando por los tejados, he arrastrado mi rota espalda hasta ese confin: las murallas. De la altura de tres hombres, nadie de guardia. Las he recorrido.

Al principio no he percibido el olor: la boca era una cloaca, la nariz impregnada de sudor y de porquería... Luego lo he notado: estiércol. Estiércol justo debajo. Me he dejado caer, así, en la oscuridad, qué importaba.

Un montón de estiércol.

A todo correr, vamos, sediento, a la carrera, luego he caminado, dado un traspie, vamos, y caminado, vamos, vamos, hambriento, más rápido que la muerte que me ha rozado o que el hedor a mierda que me perseguía, mientras las piernas me han respondido.

El amanecer.

Tumbado en una zanja, bebo agua fangosa. Me pierdo en la oscuridad mientras se levanta el sol.

El cielo arde por poniente. Cada magulladura del cuerpo me quema, incrustada de mierda y de barro: vivo.

Campos, gavillas, el lindero de un bosque algunas leguas al sur. Reanudar la escapada. Tengo que aguardar la oscuridad.

Solo. Mis compañeros, el maestro, Elias.

Solo. Los rostros de los hermanos, cadáveres extendidos por la llanura.

La alforja y la espada parecen pesar el doble. Estoy débil, tengo que comer algo. A unos pocos pasos, espigas verdes de trigo. Las arranco a puñados. Las trago con dificultad.

Me pregunto qué aspecto debo de tener, observo la sombra larguísima sobre el terreno. Levanta una mano y se la lleva al rostro: los ojos, la barba, no soy yo. No volveré a serlo.

Pensar.

Olvidar el horror y pensar. Luego moverse y olvidar el horror. Luego también, acabar con el horror y vivir.

Pensar, pues. Comida, dinero, ropas.

Un refugio, lejos de aquí, un lugar seguro, donde tener noticias y seguir el rastro de los hermanos dispersos.

Pensar.

Hans Hut, el librero. En la llanura, su fuga al ver las corazas del duque Jorge, antes de la matanza. Si alguien se ha salvado, ese es Hut.

Su imprenta está en Bibra, cerca de Nuremberg. Hace años era ya un pulular de hermanos. Un punto de encuentro para muchos.

A pie, de noche, sin recurrir a los caminos, por los bosques y las márgenes de los campos, me llevará al menos unos doce días.

CAPÍTULO 3
18 de mayo de 1525

Es un vivaque de soldados.

Largas sombras y bastos acentos del norte.

Desde hace dos días y dos noches camino por el bosque, con los sentidos alerta, sobresaltándome a cada ruido: el aletear de los pájaros, el ulular prolongado de los lobos que me recorre el espinazo y me revuelve las entrañas. Allí fuera, el mundo podría haberse acabado, no haber ya nadie.

Hacia el sur, hasta que las piernas aguantaban y me dejaba caer. Me he tragado cualquier cosa que pudiera engañar al estómago: bellotas, bayas silvestres, hasta hojas y corteza cuando el hambre se dejaba sentir en lo más hondo... Extenuado, la humedad en los huesos y los miembros cada vez más pesados.

Se había puesto ya el sol, cuando veo aparecer en la oscuridad del bosque los resplandores de una fogata. Me he acercado, arrastrándome hasta detrás de esta encina.

A mi derecha, a un centenar de pasos, tres caballos atados: el olor podría traicionarme. Me quedo inmóvil, indeciso, pensando en el tiempo que ganaría desplazándome sobre una de esas bestias. Atisbo desde detrás del tronco: están alrededor del fuego, envueltos en mantas, una cantimplora pasa de mano en mano, siento casi el aguardiente en su aliento.

—¡Ah! ¿Y qué me dices cuando escapaban como corderos al cargar nosotros? ¡Yo ensarté a tres de ellos de una lanzada! ¡A la parrilla!

Carcajadas de borracho.

—Pues la mía es aún mejor. Yo clavé a cinco mientras saqueábamos la ciudad... y entre una y otra no dejé ni un momento de cargármelos, a esos asquerosos... ¡Una de esas cerdas me arrancó media oreja de un mordisco! Mira...

—¿Y tú?

—¡Yo le corté el pescuezo, qué cojones!

—Esfuerzo inútil, imbécil de mierda. Haber esperado un día y te lo entregaba por recuperar el cadáver de su marido, como todas las demás...

Otro estallido de carcajadas. Uno de ellos echa otro leño en el fuego.

—Juro que ha sido la victoria más fácil de mi vida de soldado, pues no había más que atacarlos por la espalda y ensartarlos como si

fueran pichones. Pero menudo espectáculo: cabezas que saltaban, gente que rezaba de rodillas... ¡Me he sentido un verdadero cardenal!

Hace tintinear una bolsa llena y los otros dos le hacen eco riendo a carcajada limpia; uno se santigua.

—Cuerdas palabras. Amén.

—Me voy a mear. Dejarme un poco de esto...

—¡Eh, Kurt, vete a mear bien lejos, pues no quisiera dormir con la peste a meados tuyos en la nariz!

—Estás tan borracho que no te darías cuenta ni aunque me cagase en tu cara...

—¡Que te den por culo, idiota!

Un eructo por toda respuesta. Kurt sale del círculo de luz y viene en mi dirección. Da un giro a pocos pasos de mí y se va más allá, adentrándose en el denso bosque.

Decidir, ahora.

Ropas. Unas ropas menos asquerosas que estas y la bolsa llena de dinero al cinto.

Repto tras él, pegado a los árboles, hasta que dejo de oír el roce sobre la hierba. Echo mano a la daga. Tal como me enseñó Elías, una mano tapándole la boca y sin dudar ni un instante. Le corto el gaznate antes de que pueda comprender qué pasa. Antes de que yo mismo pueda comprenderlo. Apenas un gorgoteo ahogado y espupa sangre y la misma alma por entre mis dedos. Freno su caída.

Nunca había matado a un hombre.

Desato su cinto y cojo la bolsa, le quito el jubón y las mangas, hago un hatillo con todo ello en su capa. Y ahora andando, sin correr, sin hacer ruido, un brazo delante para protegerme la cara de los arbustos y de las ramas. El olor de la sangre en las manos, como en la llanura, como en Frankenhause.

Nunca había matado a un hombre.

Cabezas que saltan, gente que reza de rodillas, Elías, Magister Thomas reducido a un espectro...

Nunca había matado a un hombre.

Me detengo, en la oscuridad más absoluta, las voces apenas si se oyen. Espada en mano.

Lo que debo hacer.

Abrir de par en par la boca del infierno para esos bastardos.

Vuelvo atrás, paso a paso, las voces cada vez más fuertes, más próximas, dejo caer el hatillo y la alforja, dos, a grandes zancadas, son dos, sin dudar ni un instante.

—Kurt, ¿dónde coño...?

Entro en el círculo de luz.

—¡Cristo!

Un golpe limpio en la cabeza.

—¡Mierda!

La hoja en el pecho, con todas mis fuerzas, hasta que se pone a vomitar sangre.

Una mano que se alarga hacia el arma demasiado tarde: un golpe en el hombro, luego en la espalda.

Se arrastra sobre los codos hacia la espesura, los gritos de un cerdo en el matadero.

Yo: cada vez más lento, encima de él. Empuño la daga con las dos manos, la hundo entre las costillas rompiendo sus huesos y su corazón.

Acabar con el horror.

Silencio. Solo mi jadear cálido, visible, en la noche, y el crepitar del fuego. Miro a mi alrededor: ni un movimiento. Ya nada.

¡He acabado con todos, Dios mío!

CAPÍTULO 4
19 de mayo de 1525

Cabalgo, con la divisa de la infamia encima.

Es la divisa la que ha de protegerme ahora. Probablemente no sea más que una astucia, he de acostumbrarme, probablemente. Máscara de mercenario de la infamia, cuando la infamia triunfa, nada más.

He de acostumbrarme. Nunca antes había matado.

Un ocaso más matizando campos y colinas de reflejos purpúreos, haciendo más vagos los perfiles, disolviendo las certezas si es que quedaba alguna.

Muchas leguas recorridas, siempre al sur, hacia Bibra, a caballo de una débil esperanza. Los campos atravesados mostraban las señales del paso de la horda asesina. Igual que los restos de una calamidad de los elementos: terrenos que no volverán a ser fértiles; hierros y toda clase de despojos de la tropa inmundas; algunos cadáveres pudriéndose, esqueletos de desdichados caídos por el camino; pequeños grupos de mercenarios lanzados desde quién sabe qué carnicería hacia una nueva incursión.

Tan pronto como la oscuridad se traga el horizonte y las últimas sombras, prosigo a pie por la espesura. Descubro entre los árboles unos resplandores en la lejanía: acaso otros vivaques. Unos pocos pasos más y un sordo ruido sale a mi encuentro. Caballos, fragor de corazas, reflejos de antorchas sobre el metal. Mi animal piafa, he de refrenarlo mientras busco cobijo detrás de un tronco. Me quedo a la espera, acariciando el cuello del caballo para aliviar el miedo.

El rumor es un río en crecida. Avanza. Cascos y armas centelleantes. Una horda de fantasmas pasa rápida a pocos metros de mí.

Al fin el fragor se hace más débil, pero la noche no vuelve a callar.

La luz más allá del bosque se ha hecho más intensa. El aire está detenido, pero las copas de los árboles ondean: es el humo. Me acerco hasta sentir un chisporrotear de leña que arde. Los árboles se abren de pronto ante la destrucción absoluta.

La aldea está envuelta en llamas. El calor me golpea en la cara, llueven pequeñas pavesas y hollín. Una tufarada dulzona, olor a carne quemada, me revuelve el estómago. Entonces los veo: cuerpos carbonizados, formas indistintas arrojadas a la hoguera, mientras el vómito sube a la garganta, corta la respiración.

Con las manos firmemente aferradas a la silla, llévame lejos, zambulléndome de cabeza en la noche, huye del horror y del inmundas triunfo del infierno.

CAPÍTULO 5
21 de mayo de 1525

Alrededor de la casa de postas, hay un intenso ir y venir de carros, cargados con el botín de la incursión en las aldeas: capitanes que vociferan órdenes en dialectos distintos; grupos de soldados parten en todas direcciones; trueques y compraventas del botín en medio de la calle, entre mercenarios más mugrientos que yo, y vagabundos que esperan las migajas. La otra cara de la devastación encontrada a lo largo del camino: retaguardias de una guerra sin frentes, el sumidero para la mugre de la carnicería.

El caballo necesita un descanso, yo una comida decente. Pero sobre todo tengo que orientarme, encontrar el camino más corto para Nuremberg y luego Bibra.

—No es conveniente dejar sin vigilancia un caballo en los tiempos que corren, soldado.

Una voz a la derecha, más allá de unas columnas de soldados de infantería que reanudan la marcha. Recio, mandil de cuero y altas botas cubiertas de mierda.

—El tiempo de entrar en la posada y te lo sirven para cenar... En el establo estará más seguro.

—¿Cuánto?

—Dos escudos.

—Demasiado caro.

—El esqueleto de tu caballo valdrá menos que eso...

El mercenario pagado y licenciado que vuelve a casa:

—De acuerdo, pero tienes que darle heno y abrevarlo.

—Mételo aquí.

Sonríe: calles atestadas, un negocio de oro.

—¿Vienes de Fulda?

El soldado que vuelve de la guerra:

—No. De Frankenhäusen.

—Eres el primero que pasa... Cuéntame, ¿cómo ha ido? Una gran batalla...

—La paga más fácil de mi carrera.

El mozo de cuerdas se vuelve y grita:

—¡Eh, Grosz, aquí hay uno que viene de Frankenhäusen!

Salen cuatro de la sombra, toscas caras de mercenarios.

Grosz tiene una cicatriz que surca su mejilla izquierda y desciende de cuello abajo, la mandíbula hendida en la que la hoja ha cortado el

hueso. Ojos grises inexpressivos de quien ha visto muchas batallas, habituados al hedor de los cadáveres.

La voz sale de una caverna:

—¿Habéis matado a todos esos destripaterrones?

Respiro hondo para tragarme el pánico. Rostros que escrutan.

El soldado que vuelve de la guerra masculla:

—A todos.

La mirada de Grosz cae sobre la bolsa de los dineros que cuelga del cinto:

—¿Estabas con el príncipe Felipe?

Trago de nuevo saliva. No vacilar en ningún momento.

—No, con el capitán Bamberg, en las tropas del duque Jorge.

Los ojos permanecen inmóviles, tal vez dubitativos. La bolsa.

—Tratamos de alcanzar a Felipe para unirnos a los suyos, pero llegamos a Fulda demasiado tarde. Ya habían salido: ¡corría como un loco, el muy cabrón! Han pasado por Smalkalda, Eisenach y Salza a marchas forzadas, sin tomarse tiempo siquiera para pararse a mear...

Otro:

—Nos han tocado las migajas, algún saqueo aquí y allá. ¿Seguro que no hay ya ningún campesino al que cargarse?

Los ojos del soldado que ha exterminado a los campesinos en la llanura: vidriosos, como los de Grosz.

—No. Todos muertos.

Caratorcida sigue mirando fijamente, reflexiona sobre el negocio del momento: lo arriesgado que será hacerse con la bolsa. Son cuatro contra uno. Sin un gesto suyo los otros tres no se moverán.

Habla con aplomo:

—Mühlhausen. Los príncipes van a asediarla. Allí sí que se podrá hacer un gran botín. Casas de mercaderes, no de apestosos destripaterrones... Bancos, tiendas...

—Mujeres —añade con una risa maliciosa el más bajo a sus espaldas.

Pero Grosz, el cara de ogro, no se ríe. Tampoco yo, con el gaznate seco y el aliento que no se digna salir. Andarse con cuidado. Mi mano en la empuñadura de la espada, que pende del cinto junto con la bolsa de los dineros. Ha comprendido: el primer golpe sería para él. Le cortaría el cuello: puedo hacerlo. Puede leerlo en mi mirada.

Un estremecimiento apenas, como veredicto un parpadeo. No vale la pena arriesgarse.

—Buena suerte.

Se alejan, mudos, el ruido de las botas que se hunden en el barro.

El más gordo se sienta enfrente de mí, da unas buenas dentelladas a un muslo de cabrito, largos tragos de una gigantesca jarra de cerveza corren por su barba pringosa que, con la venda en el ojo izquierdo, casi oculta su cara. El jubón, raído y sucio, cubre a duras penas los muchos barriles de décadas a sueldo de todos los señores.

Durante una pausa el muy cerdo me interroga:

—¿Qué hace un señorito como tú en esta pocilga?

Boca llena que chorrea, se pasa una mano por encima de ella y luego eructa.

Sin mirarlo:

—El caballo debe descansar, y yo comer.

—No, señorito. ¿Qué haces en este culo del mundo de jodida guerra?

—Defiendo a los príncipes de los revoltosos... —No me da tiempo a continuar.

—Ah... Ah, esta sí que es buena, buena de verdad... por cuatro piosos —masculla—, por una chusma de desharrapados. —Deglute—. Qué tiempos, simples chiquillos que defienden a los señores de la canalla campesina. —Eructa de nuevo—. ¿Sabes qué te digo, señorito? Que esta ha sido la más mierdosa de todas las mierdosas guerras que este único ojo bueno que tengo ha visto. El vil metal, compadre, nada más que el vil metal y negocios con esos cerdos de Roma. ¡Los obispos con todas sus barraganas e hijos que tienen que mantener! El vil metal, te lo digo yo, pues los príncipes, los duques, todos esos jodidos, no piensan en otra cosa. Primero se lo quitan todo a esos patanes, y luego nos mandan a nosotros a repartir leña a quien incordia. Tal vez yo soy ya demasiado viejo para todas estas sandeces. ¡Cabrones! ¡Pero esta vez hubiera habido que volver los cañones contra los príncipes y los lameculos del Papa, pues los destripaterrones bien que sacaron los cojones: quemaban los castillos con todas las bendiciones del cielo que hay en ellos, daban por culo a las condesas y les sacaban las tripas a los asquerosos curas! Oh, no paraban de hablar de Dios, pero mientras tanto arramblaban con todo, y yo a punto estuve de sumarme a la rapiña también, pero al fin y al cabo sabía ya cómo iba a acabar la cosa, no hay suerte para los miserables. Y para nosotros los pocos dineros de mierda de siempre. ¡Esta va por ellos! —Se pedorrea, se carcajea, se sopla la jarra—. ¡Que les den por culo!

Dejo de comer, entre la sorpresa y el disgusto. El cerdo es la mar de simpático, y aunque habla como una cloaca odia a los señores. Me infunde moral: están hechos de carne y hueso, no solo de afilado acero.

—¿Tú dónde estabas? —le pregunto.

—En Eisenach, luego en Salza, y a continuación me harté de romperme los brazos sobre las espaldas de esos pobres. Un verdadero

asco. Soy demasiado viejo ya para estas sandeces, tengo cuarenta años, joder, y veinte años de mierda encima. ¿Y tú, señorito?

–Veinticinco.

–No, no, ¿de dónde vienes?

–De Frankenhause.

–¡La puta! ¿En medio del Juicio Universal? Las voces corren, no había oído nunca una cosa así.

–Pues así es, compadre.

–Y dime una cosa... ¿Ese predicador, ese profeta, bueno, ese cabeza dura, cómo se llama?... Ah, sí, Müntzer. El Acuñaador. ¿Cómo ha acabado?

Cuidado.

–Lo apresaron.

–¿No ha muerto?

–No. Vi que se lo llevaban. Uno del pelotón que lo capturó me contó que había luchado como un león, que la cosa resultó difícil, pues los soldados estaban atemorizados por su mirada y sus palabras. Mientras se lo llevaban en el carro le oía gritar aún: «Omnia sunt communia!».

–¿Y qué coño quiere decir eso?

–«Todo es de todos.»

–Mierda, un buen tipo. ¿Y tú sabes latín?

Sonríe con sarcasmo. Yo bajo la mirada.

CAPÍTULO 6
24 de mayo de 1525

Unas pocas horas de viaje y las colinas de la selva de Turingia eran ya un pálido reflejo en el gris oscuro del cielo a mis espaldas. No hacía mucho que había dejado atrás la fortaleza de Coburgo, directo a la posada del burgo de Ebern. Dos días de marcha aún, tres como máximo, por valles boscosos que la Alta Franconia comenzaba a abrir ampliamente frente a mí. Un largo camino, normalmente atestado de carros de vendedores entre el Itz y el Main. Aquella tarde en Ebern, el día después en Forcheim, para evitar las miradas indiscretas de Bamberg, luego Nuremberg y por fin Bibra.

Por primera vez he sentido que podré conseguirlo. Esta fatiga, que vuelve a atenazarme, la tenía ya olvidada, anulada por la fuerza de quien trepa más allá del borde de la derrota.

Ha venido a mi encuentro de lejos, mientras el cielo se colmaba de nubes: doliente, lacerante, trágica. La precedía un fino manto, mezcla de luz tenue y grisácea, con la lluvia ligera que vuelve inseguras la vista y la respiración, en la explanada del angosto valle, que confiaba dejar atrás a la puesta del sol.

Avanzaba lenta, tal vez algunas horas de camino a sus espaldas desde el rayar del día, tras una noche pasada a la luz de las estrellas quién sabe cómo, con la oscuridad insoportable de un viaje sin meta por delante.

No tenían carros, ni bueyes ni caballos. Alforjas sobre el hombro. Una oleada de hombres salvados, una inundación de miseria en dirección a las torres espléndidas de Coburgo.

La columna de humanidad diezmada se arrastraba, inerme, aplastada por la planta gigantesca del cielo. Un arrastrarse cansino de enseres, un gemido de enfermos bajo sucios vendajes, ancianos acomodados en parihuelas improvisadas. Letanías incesantes y llanto de niños entonando cantos de aflicción.

Solo algunas mujeres intentaban dar un sentido a la columna: dejaban repetidas veces las desordenadas filas para consolar a los heridos y darle ánimos para que siguiera adelante a quien se dejaba vencer por el peso de la desgracia; siempre con criaturas fuertemente asidas a sus espaldas, a los brazos o en el regazo, rostros trágicos y altivos. Esa fuerza impensable, solemne, infundía un aliento de vida en la desventurada carne de quién sabe qué aldea, la misma encontrada

días antes, u otra, y ahora de nuevo. ¿Existirá algún trozo de mundo que haya escapado al cataclismo?

He seguido el cansancio de sus pasos, caminando a solo unas pocas decenas de metros a su derecha, durante un tiempo que no pasaba, eterno. De vez en cuando una mirada, un lamento implorante me dejaba transido de dolor. Cientos de hombres sometidos a un solo soldado: ni un gesto de desprecio, ni un ademán de reacción. Agotados, todos, atónitos ante la ruina. Era a mí, fugitivo bajo la piel del asesino, a quien se dirigía la súplica de los Sinnada.

Luego, un rostro de mujer, rompiendo la inercia, ha venido a mi encuentro. Vivo, en su inmenso cansancio, dejando la columna sollozante, tras haber confiado a otros brazos los dos cachorrillos hambrientos que llevaba con ella.

—No tenemos ya nada, soldado. Nada más que las heridas de los lisiados y las lágrimas de nuestros niños. ¿Qué más puede pasarnos?

No he encontrado palabras para mitigar el remordimiento por la impotencia y la culpa de estar vivo, frente a aquellos ojos orgullosos, clavos hincados en la carne. Debía bajar del caballo, recoger a sus hijos, darle dinero y prestarle ayuda. Socorrer a mi gente, las tropas de los elegidos hundidas en el fango del que querían liberarse. Descabalgar y quedarse.

He golpeado con fuerza los ijares del caballo. Casi a ciegas.

CAPÍTULO 7
Eltersdorf, Franconia, 10 de junio de 1525

Ganarse el pan es algo realmente fatigoso y triste. El hombre se inventa piadosas mentiras a propósito del trabajo. He aquí otra y no menos abominable idolatría, el perro que lame el palo que lo castiga: el trabajo.

Tronco y hacha desde la salida del sol. Corto leña en el patio que separa el huerto y el establo de la casa de Vogel.

Wolfgang Vogel: para todos pastor de Eltersdorf, seguidor de Lutero; para Hut una excelente ayuda en la difusión de libros, opúsculos, manifiestos; para los campesinos alzados «Leelabiblia», por su cantinela: «Ahora que Dios habla en vuestra lengua, tenéis que aprender a leer la Biblia por vuestra cuenta. No necesitáis a ningún doctor». «Pues, entonces, tampoco te necesitamos a ti», era la respuesta más frecuente, que, de todas formas, jamás lo desalentaba.

Bien, bien con Leelabiblia: un recibimiento caluroso, palmadita en la espalda, se informa sobre quién está vivo y quién muerto, y de repente me veo con un hacha en la mano delante de una pila de leña. Aquí estoy yo desde hace solo dos días y tengo que ganarme la hospitalidad.

Hut no estaba en Bibra, la imprenta cerrada. Me han dicho que se había pasado por allí hacía una semana, pero que había vuelto a marcharse enseguida hacia el sur de Franconia, con el propósito de bautizar al máximo posible de gente. Como un caminante que llega a una venta en llamas y pregunta qué hay para cenar. Al enterarme de que Vogel estaba nuevamente en Eltersdorf, el tiempo justo para cambiar de caballo, reunir unas pocas provisiones y he partido de nuevo.

Eltersdorf. Tengo una habitación, un plato de sopa y un nuevo nombre: Gustav Metzger. Sigo con vida y no sé cómo. Ni hablar por el momento de ponerse de nuevo en camino.

Eltersdorf, verano de 1525

Largas jornadas, insoportables. Limpiar el establo, cortar leña, llenar el comedero de los cerdos, en espera de que para la cerda. Recoger la fruta del huertecillo, remendar los arreos siempre a punto de que se les desprenda el cuero. Tareas repetitivas, puro forzar los miembros,

desarrolladas cada día para tener derecho a una escudilla digna de un perro de patio.

Las noticias que llegan entretanto del exterior hablan de matanzas por doquier: la represalia de los príncipes se ha revelado a la altura del desafío que lanzamos. Las cabezas de los campesinos permanecen agachadas sobre el arado: ya no son los que empuñaron las hoces como si fueran espadas.

En todo el país no hay casi nadie con el que consiga intercambiar dos palabras. Voy hasta el molino para moler el grano de Vogel y encuentro a alguien por el camino, unas pocas frases sobre el pastor Wolfgang, el único de la aldea que tiene trigo para el molinero.

Una de las pocas cosas agradables de la jornada son las charlas con Hermann, un labriego corto de entendederas que vive detrás del huerto de Vogel. A decir verdad habla casi solo él, mientras lanza hachazos a los leños, porque cada uno, dice, tiene las manos que se merece, y él ha nacido ya con callos, y los doctores como yo es mejor que toquen solo los libros. Sonríe, con su boca medio desdentada, y jura que esta guerra la han ganado los pobretones como él. Cuenta que, cuando tomaron el castillo del conde, se hicieron servir durante diez días por él y sus hombres, mientras que por la noche se beneficiaba a la señora y a las hijas. Esa fue su gran victoria. Que nadie piense en derribar a los poderosos por mucho tiempo, pues entre otras cosas, si gobernasen los campesinos y tuvieran que trabajar la tierra los señores, no tardarían en morirse todos de hambre, ya que cada uno tiene las manos que se merece... Y sin embargo, para un señor, tener que limpiarle los pies a un siervo y volver a meterla donde la ha metido un pobre patán, esa sí que es la más jodida de las derrotas. Y para los que son como Hermann, el más sublime de los placeres. Se ríe como un descosido, espurriando en torno, y para darle más gusto aún, le digo que, tal vez, el próximo conde sea precisamente hijo suyo y que esa sí que es una buena manera de cargarse a los poderosos: contaminar su descendencia.

En cambio, con Vogel hay poco de que hablar. Es un buen hombre, pero no de mi agrado: afirma que el hado y la suprema voluntad divina han querido que las cosas fueran así, que se produjera la horrible matanza de seres indefensos que se ha producido, que la insondable, suprema potencia nos exhorta a comprender a través de sus señales, incluso aquellas trágicas y funestas, que no basta la voluntad de los hombres, ni siquiera la de los justos y merecedores del reino, para hacer realidad su promesa en la tierra. Que se joda, Vogel y todas sus promesas.

Ahora me vuelvo cuando me llaman Gustav, me he acostumbrado a un nombre que no es más mío que cualquier otro.

Por la noche, la luz de las velas apenas si es suficiente para leer alguna página de la Biblia. Mi aposento: paredes de madera, un catre, un escabel y una mesa. Encima de la mesa, la alforja del Magister, un amasijo informe de barro pegoteado. Nadie la ha movido de allí.

No hay nada más, nada más que esa alforja traída hasta aquí desde Frankenhause, para recordarme las promesas incumplidas y el pasado. Nada que valga el riesgo de ser conservado. Hubiera tenido que quemarla de inmediato, pero cada vez, acercarse para cogerla era como reencontrarse en lo alto de aquella escalera y sentir el peso que tiraba hacia abajo, mientras abandonaba al Magister a su suerte.

La abro por primera vez. Casi se deshace entre las manos. Las cartas siguen todas en ella, pero la humedad las ha comido y podrido. Las hojas se mantienen juntas a duras penas.

A nuestro magnífico maestro micer Thomas Müntzer de Quedliburck, el saludo de los campesinos de la Selva Negra y de Hans Müller von Bulgenbach, que se rebelaron al unísono y mediante la fuerza contra el infame señor Signund von Lupfen, culpable de haber hecho pasar hambre y vejado a sus siervos así como a sus familias invierno tras invierno, reduciéndolos a la desesperación.

Maestro nuestro:

Escribo para informaros de que transcurrida una semana desde que nuestros doce artículos fueron presentados al Consejo de la ciudad de Villingen, el cual ha respondido con prontitud aceptando tan solo algunas de las dichas peticiones en ellos contenidas. Una parte de los campesinos ha considerado, por tanto, que no podía obtener más, optando por regresar a sus hogares. Mas otra parte no exigua de ellos ha decidido, en cambio, proseguir la protesta. Yo mismo estoy tratando de reunirme con los campesinos de los territorios vecinos a fin de encontrar refuerzos en esta justa lucha y os escribo con la urgencia de quien tiene ya un pie en el estribo, convencido de que no vive otro hombre en toda Alemania más dispuesto que Vos a comprender mi concisión y confiando de corazón en que esta misiva pueda llegar a vuestras manos.

Que Dios os acompañe siempre,
el amigo de los campesinos,

Hans Müller von Bulgenbach

De Villingen, el día 25 de noviembre del año de 1524

Müller, muerto probablemente. Me habría gustado conocerlo entonces. Y ni siquiera ha pasado un año. Un año que ahora parece del otro

lado del mundo, lo mismo que sus palabras. El año en que todo fue posible, si es que alguna vez lo ha sido realmente.

Pesco de nuevo en la alforja. Una hoja amarillenta hecha jirones.

Al Maestro de los campesinos, el señor Thomas Müntzer, defensor de la fe contra los impíos, en la iglesia de Nuestra Señora de Mühlhausen.

Maestro nuestro:

El día de la Santa Pascua, aprovechando la ausencia del conde Ludwig los campesinos tomaron al asalto el castillo de Helfenstein, y tras haberlo saqueado y haber capturado a la condesa y a sus hijos se dirigieron hacia las murallas de la ciudad, donde el conde y sus nobles se habían refugiado. Gracias al apoyo de los ciudadanos irrumpieron en el interior y los capturaron. Acto seguido, condujeron al conde y a otros trece nobles a campo abierto y los obligaron a ponerse bajo el yugo. A pesar de que el conde ofreció mucho dinero a cambio de su vida, diéronle muerte al mismo tiempo que a sus caballeros, desnudáronlo y dejáronlo en medio del bosque atado de hombros al yugo. Al volver al castillo, le prendieron fuego.

La noticia de estos acontecimientos no tardó en llegar a los condados vecinos, sembrando el pánico entre los nobles que saben ahora que pueden correr la misma suerte que el conde Ludwig. Estoy convencido de que estos acontecimientos serán una ayuda de primera importancia para el reconocimiento de los doce artículos en todas las ciudades.

En este día de Pascua, Cristo resucita de entre los muertos a fin de reavivar el espíritu de los humildes y reanimar el corazón de los oprimidos (Is. 57, 15).

Que la gracia de Dios no os abandone,
el capitán de las filas campesinas del Neckar y del Odenwald,

Jäcklein Rohrbach

De Weinsberg el día 18 de abril del año de 1525

Estrujo la hoja enmohecida. Conozco esta carta, pues Magister Thomas la leyó en voz alta para recordar a todos que el momento de la liberación estaba próximo. Su voz: el fuego que ha incendiado Alemania.

**La doctrina, el cenagal
(1519-1522)**

CAPÍTULO 8

Wittenberg Sajonia, abril de 1519

Una ciudad de mierda, Wittenberg. Miserable, pobre, fangosa. Un clima insalubre y duro, sin viñedos ni vergeles, una cervecería humeante y gélida. ¿Qué hay en Wittenberg aparte del castillo, de la iglesia y de la universidad? Sucios callejones, calles llenas de lodo, una población bárbara de comerciantes de cerveza y de ropavejeros.

Me siento en el patio de la universidad con estos pensamientos que acuden en tropel a mi cabeza, mientras me como un bretzel recién salido del horno. Le doy vueltas entre las manos para que se enfríe mientras observo la acampada estudiantil que marca la pauta a estas horas de la jornada. Hogazas y sopas de pan, los colegas aprovechan el tibio sol y comen al aire libre en espera de la próxima clase. Acentos diversos, muchos de nosotros venimos de los principados vecinos, pero también de Holanda, de Dinamarca, de Suecia: vástagos de medio mundo acuden aquí para poder escuchar de viva voz al Maestro. Martín Lutero, su fama ha corrido en alas del viento, mejor dicho, de las prensas de los impresores que han hecho famoso este lugar, hasta hace un par de años olvidado de la mano de Dios y de los hombres. Los acontecimientos... los acontecimientos se precipitan. Nadie había oído mencionar jamás a Wittenberg y ahora llegan cada vez en mayor número, cada vez más jóvenes, porque todo aquel que quiera tomar parte en la empresa debe estar aquí, en el cenagal más importante de toda la Cristiandad. Y quizá haya en ello su parte de verdad: aquí se está cociendo un pan duro de roer para los dientes del Papa. Una nueva generación de doctores y teólogos que liberarán al mundo de las corruptas garras de Roma.

He aquí que avanza, pocos años más que yo, la barba en punta, flaco y demacrado como solo los profetas pueden ser: Melanchthon, el pilar de la sabiduría clásica que el príncipe Federico ha querido poner al lado de Lutero para prestigiar la universidad. Sus lecciones son brillantes, alterna citas de Aristóteles con pasajes de las Escrituras que puede leer en hebreo, como si bebiera de un inagotable pozo de conocimientos. A su lado el rector, Karlstadt, el Íntegro, austero en el vestir, algunos años bien llevados de más. Detrás, Amsdorf y el fiel Franz Günther, cual cachorros atados a una trailla invisible. Asienten y basta.

Karlstadt y Melanchthon charlan mientras pasean. En los últimos tiempos esto sucede a menudo. Uno coge al vuelo alguna que otra

frase, fragmentos en latín a veces, pero el asunto sigue resultando oscuro. A lo largo de las paredes de la universidad la curiosidad crece como una planta trepadora: los jóvenes intelectos ansían nuevas cuestiones en las que poner a prueba sus colmillos de leche.

Se sientan en un escalón justo enfrente de mí, al otro lado del patio. Con fingida indiferencia se forman alrededor corrillos de estudiantes. La voz de efebo de Melanchthon llega hasta mí. No menos cautivadora en el aula que estridente aquí fuera de ella.

—... y deberías convencerte de ello de una vez por todas, mi querido Karlstadt, pues no hay palabras más meridianas que las del apóstol: «Todos han de estar sometidos a las autoridades superiores, pues no hay autoridad sino bajo Dios; y las que hay, por Dios han sido establecidas, de suerte que quien resiste a la autoridad, resiste a la disposición de Dios». Esto es lo que escribe san Pablo en la Epístola a los Romanos.

Decido levantarme y unirme a otros espectadores, precisamente mientras Karlstadt lo rebate.

—¡Es ridículo pensar que ese cristiano para el que, en palabras del propio san Pablo, «la ley está muerta», la ley moral impartida por Dios a los hombres debe obedecer ciegamente a las leyes a menudo injustas de los hombres! Cristo dice: «Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios». Los judíos usaban la moneda de César no sin reconocer al mismo tiempo todas esas obligaciones civiles que no son lesivas para las religiosas. De este modo, Cristo con sus palabras distingue el ámbito político del religioso y acepta la función de la autoridad civil, pero solo a condición de que no se superponga a Dios, que no se mezcle con Él. De hecho, cuando sustituye a Dios, no fomenta ya el bien común, sino que vuelve esclavo al hombre. Recuerda el Evangelio de Lucas: «Adorarás al Señor tu Dios, y solo a él servirás...».

El aire se ha vuelto más pesado, oídos aguzados y miradas que saltan de una a otra parte. Se ha formado un redondel, un semicírculo perfecto de estudiantes, como si alguien hubiera delimitado con yeso el terreno de lucha. Günther está de pie, callado, valorando de qué parte convendrá alinearse. Amsdorf ha elegido ya la suya: en el medio.

Melanchthon sacude la cabeza y entorna los ojos esbozando una sonrisa magnánima. Muestra en todo momento la actitud de un padre explicándole a un hijo cómo están las cosas. Como si su mente comprendiera la tuya, integrándola en sí, habiendo ya comprendido todo cuanto tú comprenderás de aquí al final de tus días.

Mira complacido al público, frente a él tiene a la Nueva Cristianidad. Mide las palabras, las sopesa, antes de rebatir.

—Debes ahondar más, Karlstadt, no quedarte en la superficie. El sentido de «dad al César» es muy distinto... Es cierto que Cristo distingue entre los dos ámbitos, el de la autoridad civil y el de Dios. Pero lo hace, justamente, para que a cada uno de los dos le sea dado aquello que le corresponde, ya que las dos formas de autoridad son especulares. Tal es la voluntad del Señor. El propio san Pablo nos explicó esta idea. Dice: «Pagadles los tributos, que son ministros de Dios ocupados en eso. Pagad a todos lo que debáis; a quien tributo, tributo; a quien aduana, aduana; a quien temor, temor; a quien honor, honor». Además, mi buen amigo, si los fieles se comportan honestamente no tienen nada que temer de las autoridades, es más, recibirán su elogio. En cambio, quien realizare acciones malvadas, debe temer, porque si el soberano lleva la espada hay una razón para ello; está al servicio de Dios para castigar justamente a quien obra mal.

Karlstadt, despaciosamente, irritado, dice:

—Pero ¿quién castigará al soberano que no obre honestamente?

Melanchthon, con seguridad, replica:

—«No os toméis la justicia por vuestra mano, amadísimos, antes dad lugar a la ira de Dios, pues escrito está: “A mí la venganza, yo haré justicia, dice el Señor”». La autoridad injusta es castigada por Dios, Karlstadt. Dios, que la ha instalado en la tierra, puede igualmente abolirla. No nos corresponde a nosotros oponernos a ella. Y por lo demás, qué claras palabras las del apóstol: «Benedicid a quienes os persigan».

Karlstadt:

—Es cierto, Melanchthon, es cierto. No digo que no tengamos que amar también a nuestros enemigos, pero convendrás conmigo en que al menos tenemos que guardarnos de aquellos que, sentados en la cátedra de Moisés, cierran el reino de los cielos ante las mismas narices de los hombres...

Paternal, Melanchthon:

—Los falsos profetas, mi querido Karlstadt, esos son los falsos profetas... Y el mundo está lleno de ellos. Hasta aquí, en este lugar de estudio que ha recibido la gracia del señor... Porque es propio de los sabios que anide en su corazón la altivez, la presunción de poner en boca suya las palabras del Señor sin otro objeto que ensalzar su propia persona. Pero Él nos ha dicho: «Destruiré la sabiduría de los sabios y aboliré la inteligencia de los inteligentes». Nosotros servimos a Dios y combatimos por la verdadera fe en contra de la corrupción secular. No hay que olvidarlo, Karlstadt.

Un golpe bajo, desleal. Un velo de debilidad, la sombra del conflicto que lo corroe, se posa sobre la figura del rector. Diríase confu-

so, poco convencido, pero acusa el alfilerazo. Melanchthon está de pie, ha suscitado la duda, ya solo queda asestar el golpe de gracia.

En ese momento se alza una voz de entre los espectadores. Una voz firme, clara, que no puede pertenecer a un estudiante.

—«Guardaos de los hombres porque os entregarán a los tribunales y os flagelarán en sus sinagogas y seréis llevados ante sus gobernadores y los reyes por causa mía, para dar testimonio ante ellos y los paganos...» ¿Acaso nuestro maestro Lutero tiene miedo de presentarse al abrigo de la autoridad para ser juzgado por los tribunales? ¿No os basta con su testimonio para comprender? El de Lutero es el grito que se alza de los campos y de las minas, contra quien ha hecho escarnio de la verdadera fe: «Aquel que viene de lo alto está por encima de todos; pero quien viene de la tierra, a la tierra pertenece y a la tierra habla». Lutero nos ha indicado el camino: cuando la autoridad de los hombres se niega a dar testimonio, el verdadero cristiano tiene el deber de enfrentarse a ella.

Miramos al rostro de quien acaba de hablar. La mirada es más dura y decidida aún que sus palabras. No se aparta en ningún momento de Melanchthon.

Melanchthon. Entorna los ojos tragándose su rabia, asombrado. Alguien le ha robado la palabra.

Dos toques. Llaman a la clase de Lutero. Hay que ir.

El silencio y la tensión se disipan en medio de la algarabía de los estudiantes, impresionados por la disputa, y de las frases de circunstancia de Amsdorf.

Todos afluyen hacia el fondo del patio. Melanchthon no se mueve, los ojos clavados en aquel que le ha arrebatado una victoria segura. Se miran cara a cara a distancia, hasta que alguien toma al profesor del brazo para acompañarlo al aula. Antes de ir, su tono de voz es toda una promesa:

—Tendremos ocasión de seguir hablando. Sin duda.

En el atestado pasillo que precede al aula donde nos espera el sumo Lutero, me pongo al lado de mi amigo Martin Borrhaus, al que todos llaman Cillerero, también él excitado por el acontecimiento.

En voz baja dice:

—¿Has visto la cara que ha puesto Melanchthon? Micer Lengua-cortante lo ha impresionado. ¿Sabes quién es?

—Se llama Müntzer. Thomas Müntzer. Y viene de Stolberg.

**El ojo de Carafa
(1521)**

Carta enviada a Roma desde la ciudad de Worms, sede de la Dieta imperial, dirigida a Gianpietro Carafa, fechada el 14 de mayo de 1521.

Al ilustrísimo y reverendísimo amo y señor, el muy honorable Giovanni Pietro Carafa, en Roma.

Ilustrísimo y reverendísimo amo y señor muy honorable:

Escribo a Vuestra Señoría a propósito de un acontecimiento muy grave y misterioso: Martín Lutero fue raptado hace dos días cuando regresaba a Wittenberg con el salvoconducto imperial.

Cuando V. S. me comisionó para seguir al monje a la Dieta imperial de Worms no me hizo mención de ningún plan de este género; si hay algo que ha escapado a mi atención y que debería saber, espero con ansiedad que Vuestra Señoría tenga a bien poner en conocimiento de ello a su servidor. Si, tal como creo, mi información no era incompleta, puedo entonces afirmar que una oscura y gravísima amenaza se cierne sobre Alemania. Considero por dicha razón esencial comunicar a V. S. cuáles han sido los movimientos de Lutero y de su entorno en los días de la Dieta y cuál fue el comportamiento de su señor, el Príncipe Elector de Sajonia Federico.

El martes 16 de abril, a la hora de la comida, la guardia de la ciudad emplazada en la torre de la catedral dio a son de clarín la señal acostumbrada para la llegada de un huésped importante. La noticia de la llegada del monje se había difundido ya por la mañana y muchas fueron las personas que salieron a su encuentro. Su modesto carruaje, precedido por el heraldo imperial, iba seguido por un centenar de personas a caballo. Una gran multitud atestaba la calle, hasta el punto de impedir al cortejo que avanzara expeditamente. Antes de entrar en el albergue para viajeros Johanniterhof entre la multitud formando calle, Lutero miró a su alrededor con ojos de endemoniado gritando: «Dios estará conmigo». A escasa distancia, en el albergue del Cisne, había tomado habitación el Príncipe Elector de Sajonia con su séquito. Desde las primeras horas de su estancia, comenzó un ir y venir de miembros de la pequeña nobleza, burgueses y magistrados, pero ninguno de los personajes más importantes de la Dieta dio muestras de tener intención de comprometerse de forma ostensible con el monje. A excepción del jovencísimo landgrave Felipe de Hesse, que sometió a Lutero a sutiles preguntas referentes a las costumbres sexuales en la cautividad de Babilonia, recibiendo de este una severa andanada. El mismo príncipe Federico lo vio únicamente en las sesiones públicas.

Por lo demás, las verdaderas componendas no se desarrollaron tanto en las sesiones públicas del 17 y 18 de abril como en las conversaciones privadas y en algunos sucesos acaecidos durante la estancia de Lutero en Worms. Como Vuestra Señoría sabrá, a pesar de la aversión que el joven emperador Carlos siente por el monje y sus tesis, la Dieta no consiguió hacerle retractarse, ni tomar tampoco las debidas medidas antes de que los acontecimientos se precipitaran. Esto a causa de las maniobras hábilmente orquestadas por algunos misteriosos defensores de Lutero, entre quienes creo poder incluir al Elector de Sajonia, aun cuando no sea posible afirmarlo con absoluta certeza, por razón del carácter solapado y oscuro de tales maniobras.

La mañana del 19 de abril el emperador Carlos V convocó a los electores y a los príncipes al objeto de pedir que tomaran una posición decidida respecto a Lutero, manifestándoles su propio arrepentimiento por no haber procedido enérgicamente contra el monje rebelde desde un primer momento. El Emperador confirmó el salvoconducto imperial de veintidós días a condición de que el fraile no predicara durante el viaje de vuelta a Wittenberg. En la tarde de ese mismo día los príncipes y los electores fueron convocados para deliberar sobre la petición imperial. La condena contra Lutero fue aprobada por cuatro votos de seis. El Elector de Sajonia votó sin duda en contra, y esta fue su primera y única manifestación abierta en favor de Lutero.

La noche del día 20, sin embargo, unos desconocidos fijaron dos manifiestos en Worms: el primero de ellos contenía amenazas contra Lutero; el segundo declaraba que cuatrocientos nobles se habían comprometido bajo juramento a no abandonar al «justo Lutero» y a declarar su enemistad contra los príncipes y los partidarios de Roma y, ante todo, contra el arzobispo de Maguncia.

Este suceso ha arrojado sobre la Dieta la sombra de una guerra de religión y de un partido luterano dispuesto a alzarse en armas. El arzobispo de Maguncia, espantado, pidió y obtuvo del Emperador que fuera examinada de nuevo toda la cuestión, con el fin de no correr el riesgo de dividir en dos a Alemania y prestar su respaldo a una revuelta. Fuera quien fuese el que fijara los referidos manifiestos, ha obtenido como resultado de su acción el que le fuera concedida a la causa una prórroga de algunos días, así como hacer que se extendiera el temor y la circunspección respecto a la eventual condena de Lutero.

Así pues, el 23 y el 24 Lutero fue examinado por una comisión nombrada por el Emperador para la ocasión y, tal como acaso sepa ya V.S., continuó rechazando la propuesta de una retractación. Ello no obstante, su colega de Wittenberg, que lo había acompañado a la

Dieta, Amsdorf, hizo correr el rumor de que se estaba cerca de lograr un acuerdo de conciliación entre Lutero, la Santa Sede y el Emperador. ¿Por qué, señor mío ilustrísimo? Yo creo que, a sugerencia también del elector Federico, para ganar un poco más de tiempo.

En consecuencia, entre el 23 y el 24 se produjo un continuo sucederse de mediadores por una y otra parte para subsanar la ruptura entre Lutero y la Santa Sede, representada aquí en Worms por el arzobispo de Tréveris.

El 25 tuvo lugar un encuentro privado, sin presencia de testigos, entre Lutero y el arzobispo de Tréveris, que, como era de prever, hizo inútiles todos los esfuerzos de la diplomacia de los dos días precedentes. En privado, Lutero, como ya había manifestado durante las sesiones de la Dieta al amparo del Emperador, se negó «por una cuestión de conciencia» a retractarse de sus tesis. Fue sancionada, por tanto, una ruptura irreversible y definitiva. En aquellas horas por las calles de la ciudad corrían rumores de un inminente arresto de Lutero.

La noche del mismo día fueron vistas dos figuras envueltas en capas que se dirigían a la habitación de Lutero. El hospedero los ha reconocido como Feilitzsch y Thun, los consejeros del príncipe elector Federico. ¿Qué se gestó durante ese encuentro nocturno? Tal vez V.S. encuentre una respuesta a la vista de lo sucedido en los días posteriores.

La mañana del día siguiente, el 26, Lutero abandonó sin hacer ruido la ciudad de Worms, con una reducida escolta de nobles simpatizantes suyos. Al día siguiente estaba en Frankfurt; el 28 en Friedberg. Allí indujo al heraldo imperial a que le dejara proseguir solo. El 3 de mayo Lutero abandonó el camino real y continuó viaje por caminos secundarios, aduciendo como motivación para el cambio de itinerario una visita a sus parientes, en la ciudad de Möhra. Asimismo indujo a sus compañeros de viaje a proseguir directamente en otro carruaje. Afirman los testigos que, al reanudar el viaje desde Möhra, iba en el carruaje solo con Amsdorf y su colega Petzensteiner. Al cabo de unas horas el coche fue detenido por unos hombres a caballo, quienes le preguntaron al conductor quién era Lutero y, tras reconocerlo, lo apresaron por la fuerza y se lo llevaron con ellos espesura adentro.

Convendrá Vuestra Señoría en que es imposible no ver detrás de toda esta maquinación a Federico, el elector de Sajonia. Pero en el caso de que V.S. tenga escrúpulo de sacar una conclusión en exceso precipitada, séame permitido entonces exponer ante los ojos de V.S. algunas cuestiones. ¿Quién tenía interés en retardar la condena de

Lutero, manteniendo abierta la diatriba? Y, por consiguiente, ¿quién, a fin de retrasar la sentencia, tenía interés en recelar de la amenaza de un partido de los caballeros dispuesto a defender al monje con la espada contra el Emperador y el Papa? Por último, ¿quién tenía interés en poner a buen resguardo a Lutero provocando un rapto, sin revelarse abiertamente y sin comprometerse a los ojos del mismo Emperador?

Tengo la audacia de creer que también V.S. llegará a la misma conclusión que su servidor. Se respiran aires de batalla, mi señor, y la fama de Lutero crece cada día que pasa. La noticia de su rapto ha desencadenado un pánico y una agitación indecibles. Incluso aquellos que no comparten sus tesis reconocen ya en él una voz autorizada de la reforma de la Iglesia. Una gran guerra religiosa está a punto de desencadenarse. La semilla que Lutero ha esparcido, arrebatado por el ímpetu de su convicción, está a punto de dar su fruto. Discípulos ansiosos de pasar a la acción se preparan para extraer, con intrépida lógica, las consecuencias de sus pensamientos. Si la sinceridad es una virtud, acaso me permita Vuestra Señoría afirmar que los protectores de Lutero han logrado ya su objetivo de transformar al monje en un ariete contra la Santa Sede, organizando en torno a este un amplio séquito de gente del pueblo. Y ahora, no esperan sino el momento más oportuno para dar la batalla en campo abierto.

No se me ocurre decir nada más salvo que beso las manos de V.S., a quien me encomiendo de todo corazón.

De Worms, a día 14 de mayo de 1521,
el fiel observador de Vuestra Señoría Ilustrísima,
Q.

Carta enviada a Roma desde la ciudad sajona de Wittenberg, dirigida a Gianpietro Carafa, fechada el 27 de octubre de 1521.

Al ilustrísimo y reverendísimo amo y señor, el muy honorable Giovanni Pietro Carafa, en Roma.

Ilustrísimo y reverendísimo amo y señor mío muy honorable:

Escribo a Vuestra Señoría para informarlo de que no existe ya ninguna duda acerca de la responsabilidad del príncipe Federico en el secuestro de Lutero. Aquí, en Wittenberg, los rumores se refieren a una prisión voluntaria del monje en uno de los castillos del Elector, al norte de Turingia. Por si los rumores que día tras día se van sumando para confirmar esta verdad no fueran suficientes, bastaría para ahuyentar cualquier posible fingimiento con leer en el semblante sereno del doctísimo y afeminado Melanchthon, o bien en el plácido transcurrir diario, sin la menor angustia, de las actividades docentes y la formación de los discípulos, o más aún en el frenesí del rector Karlstadt. Así pues, Lutero no fue raptado, sino más bien puesto a salvo por su protector.

Pero voy a responder inmediatamente a la cuestión que Vuestra Señoría planteaba en su última misiva. No es menos cierto también que ahora la atención y las fuerzas del Emperador están dirigidas a la guerra contra Francia y para el partido de los seguidores de Lutero este podría ser el momento propicio para darse a conocer. Yo no creo, sin embargo, que ello se produzca a corto plazo. Si estos ojos sirven para algo, puedo afirmar que el príncipe Federico y sus aliados tratan de ganar tiempo. Él no tiene ningún interés en fomentar la rebelión contra el Papa, porque sabe que podría perder el control de la misma y ser derrotado. El Emperador, en efecto, acudiría en defensa de la Catolicidad, y es demasiado fuerte aún para ser desafiado en campo abierto.

Pero existe otra razón para la prudencia del Elector de Sajonia. La pequeña nobleza sin tierra se ha reunido en torno a dos nobles venidos a menos, simpatizantes de Lutero, un tal Hutten y otro de nombre Sickingen, quienes en los próximos años podrían intentar una insurrección. Por tanto, creo que los príncipes, con Federico a la cabeza de todos ellos, no querrán dejar abierto ningún resquicio a estos tumultuosos subalternos y que estarán unidos a la hora de abatirlos, a fin de mantener ellos solos el control de cualquier reforma.

Pero otra razón empuja al Elector a tomarse su tiempo. Aquello sobre lo cual no he hablado a V.S. es el humor popular que se capta en el ambiente de unos meses a esta parte. Muy en especial son los acontecimientos de Wittenberg, en ausencia de Lutero, los que más apremian al Elector. El rector de la universidad, Andreas Karlstadt, encabeza en efecto una reforma que encuentra un amplio seguimiento entre la población. Él fue quien abolió el voto monástico y el celibato para los hombres de iglesia. La confesión auricular, el canon de la misa y las imágenes sagradas han sufrido igual suerte. Ha desencadenado la ferocidad popular contra las imágenes de los santos, y se han producido episodios de violencia que han llevado al deterioro de iglesias y capillas. Él mismo se ha apresurado a contraer matrimonio con una joven de apenas quince años. Viste de arpillera y predica en alemán por las calles, hablando de humildad y de la abolición de todos los privilegios eclesiásticos. No tiene el menor rebozo en sostener que las Escrituras deben ser dejadas al pueblo, libre de hacerlas suyas y de interpretarlas como mejor le parezca. Ni tan siquiera Lutero habríase atrevido a tanto. Respecto a la administración cívica, además, Karlstadt ha instaurado un Consejo municipal electivo que gobierna la ciudad en régimen de paridad con el Príncipe, cosa que espanta no poco a Federico. Lo que en realidad él pensaba que se volvería en favor suyo corre el riesgo de volverse en su contra: la reforma de la Iglesia y la independencia de Roma podrían trocarse en reforma de la autoridad e independencia de los Príncipes.

Por todo lo cual creo que el Elector no tardará en hacer salir a Lutero del escondrijo en el que lo tiene metido, a fin de que ahuyente al tal Karlstadt. Puedo asegurar además a Vuestra Señoría que si Lutero tuviera que volver a Wittenberg, Karlstadt se vería obligado a irse de allí. Pues, efectivamente, no está en condiciones de sostener el enfrentamiento con el profeta de la reforma alemana; al fin y al cabo sigue siendo un pequeño rector de universidad, mientras que Lutero, tras lo acontecido en Worms, es para todos los alemanes el Hércules germánico. Pues bien, mi señor, tengo el convencimiento de que este Hércules dejará caer su clava sobre Karlstadt y sobre todo el que amenace con hacer sombra a su fama, con solo que el Elector se lo permita. Por su parte, Federico sabe perfectamente que solo Lutero está en condiciones de encabezar la reforma en la dirección que más útil le sea; se necesitan el uno al otro como el piloto y el remero para gobernar una nave. Estoy seguro de que Lutero no tardará mucho en volver a Wittenberg, y limpiará el campo de cuantos traten de usurpar su sitial.

Así pues, por todas estas razones el príncipe Federico y sus aliados no se han enfrentado aún abiertamente a la Iglesia y al Emperador.

Ahora bien, si alguna vez le fuese concedido a un siervo el dar consejos a su propio señor, estoy seguro de que le hablaría del siguiente modo: «Para golpear a un tiempo al Elector y a todos los príncipes cuya intención no es otra que rebelarse contra la autoridad de la Iglesia romana, es menester golpear precisamente al Hércules germánico en quien aquellos se escudan. El pueblo, los villanos y los campesinos, están descontentos y alborotados, quisieran reformas mucho más atrevidas que las que el príncipe Federico y acaso el propio Lutero están dispuestos a conceder. Verdad es que el portal que Lutero ha abierto, ahora se querría que estuviera bien cerrado. Ahora bien, el tal Karlstadt no vale gran cosa, no durará mucho. Mas el hecho de que tantas personas aquí en Wittenberg lo hayan seguido es una clara señal del sentimiento que anima al pueblo. Por tanto, si de las olas de este proceloso océano alemán emergiese otro Lutero, más demonio que el mismo demoníaco fraile, alguien que hiciera sombra a su fama e hiciera de portavoz de las demandas del vulgo... alguien que sometiera a hierro y fuego a Alemania con sus palabras obligando a Federico y a todos los príncipes a la guerra, obligándolos a solicitar el apoyo del Emperador y de Roma para apaciguar la rebelión... Alguien, mi señor, que empuñara el martillo y golpeará a Alemania con tal fuerza como para hacerla temblar desde los Alpes hasta el mar del Norte... Si un hombre de tal género existiera en alguna parte, debería tenersele en más aprecio que al mismo oro, puesto que sería el arma más poderosa contra Federico de Sajonia y Martín Lutero».

Si Dios, en Su infinita providencia nos enviase un profeta como este, no sería sino para recordarnos que Sus caminos son infinitos, como infinita es Su gloria, para la cual estos humildes ojos se emplean y continuarán sirviendo siempre a Vuestra Señoría, a cuya bondad me encomiendo al tiempo que le beso las manos.

De Wittenberg, a 27 de octubre de 1521,
el fiel observador de Vuestra Señoría,

Q.

CAPÍTULO 9
Wittenberg, enero de 1522

La puerta se sostiene apenas en sus goznes. La empujo y me deslizo dentro. Más oscuro que fuera y el mismo frío de perros. De las vidrieras no quedan más que trizas, las estatuas están mutiladas en varios sitios. La rabia iconoclasta no ha perdonado a la iglesia. No comprendo por qué Cillerero me dio cita aquí, limitándose a decirme que tenía que hablar conmigo. Desde hace un tiempo está muy agitado. Desde hace un cierto tiempo todos estamos agitados, aquí en Wittenberg. Andan merodeando predicadores, vienen de Zwickau y se hacen llamar profetas. A uno lo conocemos: Stübner, que estudiaba aquí hace unos años. Sus sermones levantan ampollas, granjeándole las simpatías de muchos. Ideas nuevas y extremistas: una mezcla a la que Cillerero es incapaz de resistirse. El crujir del viejo banco en el que me siento se suma al de la puerta a mis espaldas. Cillerero, con andar jadeante entre las columnas de la nave. Se acerca a mí sacudiéndose el barro del calzado.

Una ojeada alrededor: estamos solos.

—Están sucediendo grandes cosas. La disputa con Melanchthon fue todo un espectáculo. Han descendido a cosas más profundas: como que bautizar a un niño es igual que lavar a un perro, por mencionar una sola. ¡Imagínate a Melanchthon! ¡Se puso de todos los colores! Aunque consiguió rebatirlo, seguro que no se esperaba un ataque así. Ahora esperan a que regrese Lutero para enfrentarse también a él...

—Uf, pues no van a tener que esperar... Lutero no dará señales de vida por un tiempo, ya que está bien escondido. El Elector lo tiene con el culo bien calentito en alguno de sus castillos. Toda la historia de Worms y del rapto me parece a mí una comedia del señor Spalatino. Lutero, el Hércules germánico... un mastín bien atado por el Elector.

Gruñe entre dientes y sonríe:

—No se tomarán la molestia de alargarle la trailla, ya verás. Cuando basta para llegar hasta aquí con ladrarle al bueno de Karlstadt y volver a ponerlo en su sitio.

—Ya puedes jurarlo. Karlstadt ha tirado incluso demasiado de la cuerda.

Asiente:

—Pero ahora no está ya solo. Están todos esos profetas. Además Stübner me ha hablado de ese tal Müntzer, ¿te acuerdas de él? Estuve en su casa en Zwickau y en Bohemia. Parece que ha encendido al

pueblo y provocado tumultos solo con la fuerza de sus palabras. Ni que decir tiene que el terreno ganado por Karlstadt se ha perdido.

—Sobre el matrimonio de los curas, la predicación en alemán y ese tipo de cosas no se vuelve ya atrás, pero el ordenamiento municipal de la ciudad seguro que no pasa. Karlstadt no es el tipo que guste de los enfrentamientos. Ya verás como antes de encararse con Lutero hace el hatillo. Uno como Müntzer haría falta. Cuando estaba aquí era más Lutero que el propio Lutero y ahora que Lutero está acabado podría ser la esperanza. Habría que dar con su paradero.

—Preguntémosle a Stübner. Seguro que él sabe alguna cosa más.

La nieve y el barro llegan por encima del tobillo. El frío penetra hasta los mismos huesos. Cillerero dice que Stübner es cliente asiduo del cervecero Klaus Schacht: el santuario ideal para un Isaías alemán. El incienso es un vapor denso que sabe a cocina y a cerveza, los salmos son los cantos languidecientes y los juramentos de los parroquianos.

En torno a una mesa, una docena de personas, tres o cuatro estudiantes en un grupo de artesanos desastrados. El centro de la atención de todos: un tipo gordo de barba pelirroja y pelo espeso. Habla por los codos, abofeteando el aire con la mano.

—No ayunéis más como habéis hecho hoy, para hacer oír bien alto vuestra protesta. ¿Acaso es este el ayuno que quiere el Señor, el día en que el hombre se mortifica? Humillar como un junco la cabeza, usar arpillera y cenizas como yacija, ¿acaso llamaríais ayuno a esto y día grato al Señor? El ayuno que Dios quiere es otro: romper las cadenas inicuas, romper las ataduras del yugo y dejar libres a los oprimidos. Este es el verdadero ayuno: compartir el pan con el hambriento, acoger en vuestra casa al miserable, al desamparado, vestir al desnudo, sin apartar los ojos del pueblo. Decídselo a ese siervo de Melanchthon...

Está visiblemente ebrio. Una prédica dirigida a todos y a nadie, pero aplaudida por los parroquianos, probablemente más borrachos que el mismo profeta. Cuando el orador vuelve a sentarse el parloteo se reanuda más tranquilamente.

Me acerco. La mesa está toda grabada. La imagen más nítida: el Papa enculando a un niño. Me presento como un amigo de Cillerero. Sin mirarme a la cara, pide otra cerveza.

—Cillerero me ha dicho que puedes darme noticias acerca de lo sucedido en Zwickau...

Coge la jarra, da dos tragos que le manchan los bigotes de espuma.

—¿Por qué te interesa?

—Porque estoy cansado de Wittenberg.

Sus ojos me miran con fijeza por primera vez, inesperadamente relucientes: no estoy bromeando.

—El hermano Storch se alzó junto con los tejedores contra el Consejo de la ciudad. Atacamos a una congregación de franciscanos, la emprendimos a pedradas con un católico insolente e hicimos desalojar a un predicador...

Lo interrumpo:

—Háblame de Müntzer.

Asiente.

—¡Ah, Müntzer, di bajito ese nombre porque Melanchthon podría cagarse en él! —Ríe—. Sus sermones encienden los ánimos de todos. El eco de sus palabras ha llegado hasta Bohemia, y ha sido llamado por el Consejo de la ciudad de Praga para que vaya a predicar allí contra los falsos profetas.

—¿Contra quién despotrica?

Apunta con el pulgar a sus espaldas, allí fuera.

—Contra todos los que niegan que el espíritu de Dios puede hablar directamente a los hombres, a la gente como yo y como tú o como estos artesanos. Contra todos aquellos que usurpan la palabra de Dios con sus discursos faltos de fe. Contra todos aquellos que profesan querer llevar al pueblo el alimento del alma, dejándolos con la tripa vacía. Contra las lenguas a sueldo de los príncipes.

Alivio, un peso que me quito de encima. Las cosas que siempre he pensado se tornan claras.

Te abrazaría, profeta.

—Y de Wittenberg, ¿qué piensa Müntzer?

—Que no se hace más que hablar. La verdad es que Lutero está ahora en manos del Elector. El pueblo está en pie, pero ¿dónde está su pastor? ¿Cebándose en algún lujoso castillo? Créeme si te digo que todo aquello por lo que se ha luchado se halla en peligro. Hemos venido para plantar cara públicamente a Lutero y desenmascararlo, siempre que tenga el coraje de salir de su escondrijo. Mientras tanto hemos desafiado a Melanchthon. Para Müntzer, en cambio, son ya dos simples cadáveres. Sus palabras son únicamente para los campesinos, que tienen sed de vida.

Abandonar a los muertos; alcanzar la vida. Salir de este cenagal.

—¿Dónde está Müntzer ahora?

—De aquí para allá por Turingia, con el propósito de predicar. —Le basta con mi mirada para comprender—. No es difícil dar con su paradero. Su paso deja huella.

Me levanto y pago sus cervezas.

—Gracias. Tus palabras han sido muy valiosas.

Antes de salir, directa a los ojos, poco menos que una consigna:

—Encuétralo, muchacho... Encuentra al Acuñaador.

CAPÍTULO 10
Wittenberg, marzo de 1522

Camino deprisa, casi resbalo en el barro, me precede el aliento cortando el frío intenso de la mañana. En el patio de la universidad Cillerero está hablando con algunos amigos. Lo abordo y me lo llevo a un rincón, dejando mudos a los demás.

—Karlstadt está acabado.

No menos sombrío que yo:

—Te lo dije. Le han alargado la trailla a Lutero. El bueno del rector será expulsado.

—Por supuesto. Demasiado bueno. Tiene los días contados. —El tiempo justo de leer la determinación en mi mirada, luego digo—: Lo he decidido, Cillerero. Dejo Wittenberg. Aquí no hay nada por lo que valga la pena quedarse.

Un segundo de pánico en su rostro.

—¿Estás seguro de que es lo que hay que hacer?

—No, pero estoy convencido de que lo más adecuado es no seguir aquí... ¿Has oído lo que sostiene ese infame de Lutero desde que volvió?

Asiente bajando la vista, pero yo continúo:

—Dice que es deber de todo cristiano obedecer ciegamente a la autoridad, sin levantar nunca la cresta... Que nadie puede osar decir que no... ¡Él ha desobedecido al Papa, Cillerero, al Papa, a la Iglesia romana! Pero ahora el Papa es él y nadie debe rechistar!

Está cada vez más sombrío y vejado por efecto de mis palabras.

—Tendría que haberme ido precisamente hace dos meses con Stübner y los demás. He esperado demasiado incluso... Pero quería oírle hablar a Lutero, quería oír lo que he oído de su propia boca. Hazme caso, la única esperanza está fuera de aquí. —Una mano recorrer señalando toda la campiña que se extiende más allá de las murallas—. Aquel que viene de lo alto está por encima de todos; pero quien viene de la tierra, a la tierra pertenece y a la tierra habla... ¿Recuerdas?

—Sí, las palabras de Müntzer...

—Lo encontraré, Cillerero. Dicen que está por la región de Halle.

Me sonrío callado, tiene los ojos relucientes. Ambos sabemos que queremos partir juntos... Y sabemos también que Martin Borrhaus, llamado Cillerero, no es persona de lanzarse a una empresa de este tipo.

Me estrecha fuertemente la mano, casi un abrazo.

—Buena suerte, entonces, amigo. Y que Dios sea contigo.

—Hasta la vista. En algún lugar y en unos tiempos mejores.

CAPÍTULO 11
Halle, Turingia, 30 de abril de 1522

El hombre que me lleva a casa del Acuñaador es alto como una montaña: una negra nube de melena y barba que ciñe la testa de un toro, manos enormes de minero. Su nombre es Elias, y ha seguido a Müntzer desde Zwickau, sin dejarlo ni un instante, como una gran sombra protectora. Una mirada como queriendo sopesar lo que tiene delante: unos pocos kilos de carne cruda, para un picapedrero del Erz. Un bachiller con la cabeza llena de conjeturas en latín, que solicita poder hablar con Magister Thomas, como él lo llama.

—¿Para qué quieres ver al Magister? —me ha preguntado enseguida.

Le he hablado de cómo la voz de Müntzer dejó de piedra a Melanchthon y del encuentro con el profeta Stübner.

—¡Si el hermano Stübner es un profeta yo soy el arzobispo de Maguncia! —exclama con una carcajada—. ¡La voz del Magister, esa sí que asusta!

Es una casa de artesanos. Tres golpes a la puerta y esta se abre. Una joven con un niño al pecho, la mole de Elias me indica el camino hasta la última habitación. En un ángulo, un hombre está rasurándose de espaldas a nosotros, entona una canción popular que he oído ya en un mesón.

—Magister, aquí hay uno que ha venido de Wittenberg para hablar contigo.

Navaja en mano, se vuelve:

—Bien. ¡Alguien me explicará qué pasa en esa cloaca!

Una cabeza redonda, nariz gruesa, ojos centelleantes que turban un rostro bonachón.

Sin vacilar:

—Ahora ya no puede pasar nada. Karlstadt ha sido desterrado.

Asiente para sí, una confirmación:

—¿Con quién se creía que se las tenía que ver? Detrás de fray Martín está Federico. —Blande la navaja con rabia—: El bueno de Karlstadt... ¡Se creía que iba a hacer las reformas en casa del mismo Elector! ¡Y con el permiso de fray Mentira en persona! En una casa de fieras de burgueses y de doctorcillos que piensan en la suerte de los humanos como si fuera fruto de sus tinteros... No serán las plumas las que escriban las reformas que esperamos.

Por primera vez parece dirigirse a mí:

—¿También a ti te han desterrado Lutero y Melanchthon?

—No. Yo me he largado.

—¿Y por qué has venido aquí?

El gigante Elias me acerca un escabel, me siento y comienzo la parábola del Buenkarlstadt, la farsa del rapto de Lutero, la llegada de los profetas de Zwickau.

Escuchan con atención y comprenden mi frustración, la desilusión por la reforma de Lutero, el odio por obispos y príncipes incubado durante años. Las palabras son las precisas y llegan a los labios con facilidad. Asienten graves. Müntzer devuelve la navaja de afeitarse a la repisa y empieza a vestirse. El gigante no me mira ya con mal disimulada burla.

Luego, el maestro de los humildes coge la capa y se planta en la puerta.

—¡Un día lleno de cosas que hacer! —Sonríe—. Continuarás tu relato por el camino.

Mientras hablo sé que ya no nos separaremos.

La alforja, los recuerdos

CAPÍTULO 12
Eltersdorf, otoño de 1525

Los músculos doloridos por el trabajo. El frío, cada día más intenso, vuelve a helar los dedos, todavía sobre el papel amarillento y manchado: una caligrafía elegante, que se lee sin esfuerzo, a pesar de la débil luz de la vela y las manchas del tiempo.

A micer Thomas Müntzer de Quedlinburg, doctor eminentísimo, pastor de la ciudad de Allstedt.

Ante todo, que la bendición de Dios sea con aquel que lleva la palabra del Señor a los humildes y empuña la espada de Gedeón contra la impiedad que nos rodea. Luego el saludo de un hermano que ha podido escuchar de viva voz la oración del Maestro, sin poder abandonar la prisión de códices y pergaminos en la que el destino ha querido encerrarlo.

El hombre que ha recorrido el laberinto de estos pasillos en busca del sentido último de la Escritura sabe cuán sombrío y triste puede ser ello, cuando dicho sentido se nos escapa. Y he aquí que los días mueren uno tras otro, juntamente con el conocimiento, reservado a unos pocos, juntamente con la claridad de la Palabra, oscurecida por los mil Spalatinos que hacen de estos caminos tortuosos su baluarte y de estos libros murallas del privilegio de los príncipes. Si por mor de algún encantamiento fueran intercambiadas nuestras vidas y yo me encontrara en Allstedt con los campesinos y los mineros y Vos con el oído pegado a estas puertas que dejan filtrarse las muchas intrigas urdidas por caridad y amor de Dios, entonces estoy convencido de que no tardaríais en escribir para incitarme a empuñar el látigo contra estos mercaderes de la fe. Por tanto, no dudo que comprenderéis el motivo que me lleva a tomar la pluma.

Las palabras del apóstol encuentran confirmación: «Porque el misterio de la iniquidad está ya en acción; solo falta que el que lo retiene sea apartado del medio» (2 Ts 2, 7). La sacrilega alianza entre los impíos gobernantes y los falsos profetas prepara sus tropas, el sucederse de grandes acontecimientos espolea a los elegidos a mantenerse firmes en la fe y a prepararse para defenderla con todos los medios a su alcance.

El hombre inicuo, el apóstata, se sienta en el templo de Dios y desde él propaga la falsa doctrina. Así, uno de aquellos Médicos de Florencia, Julio, ocupa el trono de Roma, como Clemente. No dejará de seguir el ejemplo de Cristo en Su nombre, como y más que quien lo ha precedido.

Roma se mira el ombligo, y no ve más allá, sorda a los darines que a su alrededor anuncian su asedio. Hundida en el pecado que ofusca los sentidos,

será incapaz de oponerse a quien sepa dar nuevo impulso y luz del Espíritu a la vida de la reforma de la Iglesia.

Y precisamente este es el gran tormento, micer Thomas: ¿quién cargará sobre sí con el peso de la espada para dar muerte a los impíos?

Fray Martín ha mostrado su verdadero rostro de soldado de los príncipes, miserable tarea largamente disimulada. No será, pues, Lutero quien lleve el Evangelio al hombre común, ni tampoco aquel que ha expulsado a Karlstadt y recibe a diario el homenaje de los grandes de este mundo. El fin de los reyes alemanes es claro y manifiesto. No es la fe la que llena sus corazones y guía sus acciones, sino el ansia de lucro. Se arrojan la gloria y la adoración del Altísimo, transformando así a los súbditos en miserables idólatras.

Solo las palabras que tuve el privilegio de oír de vuestra boca han vuelto a infundir la esperanza en este corazón, juntamente con las noticias que llegan de Allstedt. La nueva liturgia que por mérito vuestro y de los vuestros doctísimos escritos es ahora inaugurada no es sino el comienzo del despertar. La palabra de Dios puede llegar finalmente a sus elegidos y recobrar su entero esplendor. ¿Qué mejor señal de ello que el hecho de que Vos seáis el intérprete de Su voluntad? ¿Cuál mejor que el seguimiento espontáneo que obtenéis? ¿O que los humildes que levantan la cabeza y persiguen la liberación prometida por el Señor?

Sí, por lo que os ataño os digo que os mostréis firme y no perdáis en ningún momento los ánimos; en cuanto a mi persona, desde esta avanzadilla mía, en los tiempos venideros procuraré transmitir cualquier noticia que pueda producirse en bien de la mayor gloria de Dios.

Convencido de que la protección del Señor os acompañará siempre,

Qoèlet

El día 5 de noviembre del año de 1523

Doblo la hoja y sople sobre la vela. Tumbado con los ojos abiertos en la oscuridad, vuelvo a encender el fuego de la capilla de Mallerbach.

Estábamos en Allstedt desde hacía un año, pues Magister Thomas había sido llamado allí por el Consejo de la ciudad. Cada domingo sus sermones exaltaban los corazones de todos y en aquellos días habíamos podido hacer algo: sobre todo hacérsela pagar a los franciscanos de Neudorf, unos usureros asquerosos que dejaban sin camisa a los campesinos. Hicimos justicia por todos los años de comilonas a costa de aquellos pobres miserables.

Primero la saqueamos, luego dos haces de leña, un poco de pez y su iglesia era pasto ya de las llamas. Mientras estábamos allí viendo cómo se venía abajo llegan dos esbirros de Zeiss, el recaudador, avisados por los frailes. Echan a correr inmediatamente hacia el pozo,

dos cubos a la cabeza: su amo chasquea los dedos y ellos serían muy capaces hasta de meterse en las mismas llamas del infierno. Pero antes de que sea derramada una sola gota, salimos nosotros de la sombra, negros de hollín, tranca en mano:

—Yo que vosotros de lo que me preocuparía es del bosque... Aquí ya no hay nada que hacer.

Diez contra dos. Nos miran. Se miran. Dejan en el suelo los cubos y se van.

Las llamas se propagan, me revuelvo en la cama. La cara de puerco de Zeiss asoma en la oscuridad. El recaudador de tributos por cuenta del Príncipe Elector. Tanto le habían escaldado el culo aquellas llamas que llamó a gente de fuera para descubrir a los incendiarios. ¡Bien por Zeiss! ¿La ciudad invadida por extranjeros armados? Nada mejor para instigar al pueblo contra ti. Basta con pronunciar el nombre de Müntzer una sola vez para que acudan sus ángeles custodios: un centenar de mineros con picos y palas que surgen de las entrañas de la tierra y te llevan abajo con ellos. Las mujeres de la ciudad que quieren castrarte. Las cosas se te escapan de las manos: como un niño atemorizado te has pegado a las faldas de tu mamá y te has ido a llorarle al Elector. Puedo imaginarme la escena: tú deshaciéndote en cumplidos y tratando de explicar cómo perdiste el control de la ciudad y Federico el Sabio reprendiéndote.

ZEISS: Alteza, con vuestra conocida perspicacia, habréis intuitido ya el motivo de la visita de vuestro servidor...

FEDERICO: Lo he intuitido, Zeiss, lo he intuitido. Pero mi perspicacia no debería verse incomodada por ninguna razón. Y sucede que, desde hace un tiempo, del conde de Mansfeld no hacen más que llegarme lamentaciones sobre ese lugarejo vuestro de Allstedt. Parece que el nuevo predicador os está creando problemas. Por lo demás, fuisteis precisamente vos quien me aconsejó su establecimiento en vuestra parroquia y los problemas derivados de ello espero que os enseñen una mayor sagacidad.

ZEISS: Vuestra Alteza sabe que no fue responsabilidad mía: el Consejo de la ciudad decidió no comunicaros la elección de micer Thomas Müntzer. Bien sabéis que, por mi parte...

FEDERICO: ¡No tratéis de excusaros, Zeiss! Pues sabed que delante de este trono de nada sirve el echarse la culpa unos a otros. En el fondo, personalmente a mí ese Müntzer no me ha causado la menor molestia. El hecho es que en Turingia hay demasiadas personas pagadas de sí mismas. Primero Lutero le echa una reprimenda a Spalatino para que meta en cintura a ese predicador que no demuestra excesi-

vo respeto por él, luego el conde de Mansfeld me escribe que vuestro Consejo defiende a un instigador que lo ha insultado abiertamente. Luego, ¿qué más?

ZEISS: Bueno, está el hecho del que he venido a hablaros, precisamente. Pero ya alguna noticia de ello tendréis, pese a que los sucesos en nuestra ciudad no sean ciertamente muy relevantes.

FEDERICO: ¿Y qué ocurre, entonces? Me han dicho que ha sido quemada una pequeña ermita.

ZEISS: Se trataba, para ser más exactos, de la capilla de la Santa Virgen de Mallerbach, en el camino entre Allstedt y Querfurt, propiedad de los franciscanos del convento de Neudorf. Durante la función dominical robaron la campana y al día siguiente le prendieron fuego. Yo envié a dos hombres de mi confianza para que sofocaran el incendio, pero se quedaron allí mirando y me dijeron que en vista de que la capilla estaba ya perdida, se mantuvieron a distancia con el fin de salvaguardar el bosque de las llamas.

FEDERICO: Hasta aquí, nada nuevo. Los frailes de Neudorf se mostraron particularmente minuciosos a la hora de describir la situación cuando solicitaron mi intervención. Si no recuerdo mal os escribí para que no hicierais precipitarse las cosas, que encontrarais a un responsable cualquiera, lo metierais en prisión durante un día y os pagara una cifra simbólica como resarcimiento. ¡Para que esos frailes comprendan que soy un defensor de la fe, pero que no tengo demasiada simpatía por quien me sisa en los tributos!

ZEISS: Pero todo el mundo en la ciudad sabe que los incendiarios eran los acólitos del predicador. Imagínese Vuestra Alteza que han fundado una liga, la Liga de los Elegidos la llaman, y cuentan con armas. Era difícil evitar el enfrentamiento directo y salvar la cara...

FEDERICO: Así pues, ¿toda la responsabilidad de ello debe serle atribuida a ese Müntzer?

ZEISS: ¡Sin duda... y a su mujer, esa Ottilie von Gersen! Cuando buscaba un culpable, fue sobre todo esa bruja la que lanzó contra mí a la población entera.

FEDERICO: Ahora se meten también las mujeres...

ZEISS: Por lo que he podido ver es una loca furiosa digna de su esposo. Y despierta la admiración más viva del resto de las mujeres y de los hombres.

FEDERICO: Al grano, Zeiss, ¿cómo acabó la cosa?

ZEISS: Tuve que pedir refuerzos de fuera y la mujer del predicador se puso a vociferar que los extranjeros querían invadir Allstedt, que yo me había vendido... ¡Querían lincharme!

FEDERICO: Nada de echarles la culpa: vuestra intervención fue la propia de un mentecato.

ZEISS: ¡Pero qué podía hacer yo! Los franciscanos no me dejaban en paz. Al final se presentó a mí un grupo de mineros del condado de Mansfeld, unos cincuenta, para preguntarme si Magister Thomas estaba bien, si todo estaba tranquilo y si hacía falta su ayuda para alguna cosa, que si alguien se atrevía a tocarle un pelo tendría que vérselas con ellos... Tras esa visita renuncié a cualquier acción de fuerza. No quisiera ser yo el responsable del estallido de una revuelta en los dominios de Vuestra Alteza.

FEDERICO: Bien, Zeiss. Y ahora os diré qué pienso yo de todo este asunto. Queríais un predicador fogoso e innovador que diera lustre a vuestro villorrio. Pero ese tipo se reveló difícil de manejar, se ganó para su causa al Consejo, puso en manos del populacho alguna que otra piedra y alguna horca y vos y el conde de Mansfeld os habéis cagado de miedo. Y ahora venís a pedir ayuda.

ZEISS: Pero Vuestra Alteza...

FEDERICO: ¡A callar! Pienso que todo esto os viene como anillo al dedo. No obstante, desde hace algún tiempo, hechos de esta índole se vienen repitiendo por doquier. Se comienza saqueando las iglesias y se acaba pidiendo un ordenamiento municipal para cualquier aldeúcha. Los campesinos están alborotados en toda Alemania y no es momento este de mostrarse demasiado benévolo con los agitadores. Dentro de un par de semanas recibiréis la visita de mi hermano el duque Juan y de mi nieto Juan Federico. Preparadles un recibimiento digno de ellos; deberéis hacer comprender que al Príncipe Elector no le agrada tanta agitación y que si el pueblo tiene algún motivo de protesta contra los franciscanos de Neudorf, debe dirigirse directamente a sus enviados, por boca del burgomaestre o de su predicador. De todos modos, organizad sin falta un encuentro con ese Thomas Müntzer. Decidle también que lo hemos pedido Nos, expresamente, y que prepare un sermón en el que exponga sus ideas. En el fondo está aún a prueba, y debe obtener nuestra aprobación para convertirse en pastor de vuestra iglesia.

ZEISS: Vuestra Alteza tiene siempre la mejor solución para todo.

FEDERICO: Por supuesto, pero demasiado a menudo los subalternos que han de ponerla en práctica se revelan unos eméritos capullos.

Me río yo solo, la oscuridad se traga sus siluetas devolviéndome la de Magister Thomas al amanecer de aquel gran día de verano...

CAPÍTULO 13
Allstedt, Turingia, 13 de julio de 1524

—Abre la Biblia, amigo mío.

La voz me coge por sorpresa desde la mesa en que debe de haber estado trabajando toda la noche. Apenas despierto, la boca pastosa, me vuelvo con un refunfuño:

—¿Qué?

Los ojos hinchados de quien ha escrito con una luz demasiado escasa, señala el libro sobre la mesa.

—Primera epístola a los Corintios 5, 11-13. Lee, por favor.

—No, Magister, tenéis que dormir un poco o no tendréis fuerzas siquiera para hablar... Dejad la pluma y echaos en el catre.

Sonríe:

—Tengo tiempo aún... Léeme ese pasaje: 5, 11-13.

Sacudo la cabeza mientras abro la Biblia y me pongo a buscar. Su resistencia al sueño nunca deja de impresionarme.

—«Lo que os escribo es que no os mezcléis con ninguno que, llevando el nombre de hermano, sea fornicario, avaro, idólatra, maldiciente, borracho o ladrón; con estos, ni comer; pues ¿por qué voy a juzgar yo a los de fuera? ¿No es a los de dentro a quienes os toca juzgar? Dios juzgará a los de fuera; vosotros arrojad de entre vosotros al malvado.»

Mientras leo asiente en silencio. Parece reflexionar sobre las palabras, repasarlas de memoria. De repente levanta los ojos, milagrosamente aún despiertos:

—¿Tú qué crees que se propone el apóstol?

—¿Yo, Magister...?

—Tú, sí. ¿Qué piensas que significa?

Releo rápidamente las palabras de san Pablo y la respuesta me sale del corazón:

—Que hicimos bien en incendiar el templo de la idolatría. Que los franciscanos de Neudorf se dicen hermanos, pero viven en la avaricia e incitan al pueblo a adorar las imágenes y las efigies.

—Vosotros lo hicisteis por una cuestión de celo. Pero ¿no crees que puede haber alguien que haya recibido de Dios la espada precisamente para este fin? ¿Que esté «al servicio de Dios por la justa condena de quien obra el mal»?

—Pablo afirma que la autoridad está por encima de este fin. ¡Pero si no hubiera sido por nosotros nadie habría castigado a esa caterva de usureros idólatras!

Se le ilumina el rostro:

–Eso exactamente. El celo de los elegidos ha tenido que arrebatarse la espada a los poderosos para hacer lo que ellos no hacían: defender al pueblo y la fe cristiana. ¿Y esto no nos enseña acaso que cuando los gobernantes permiten que la impiedad se extienda, entonces traicionan su cometido y se vuelven cómplices de la iniquidad? Así pues, igual que los malvados, en palabras del apóstol, deben ser borrados de en medio.

Lo desatinado de aquellas palabras me impacta como un puñetazo, mientras él comienza a leer de su manuscrito:

–«Yo afirmo con Cristo y con Pablo, y en conformidad con las enseñanzas de toda la ley divina, que debe darse muerte a los gobernantes impíos, especialmente a los curas y monjes que tachan de herético al Santo Evangelio y no obstante pretenden ser mejores cristianos».

No es posible, trago saliva:

–Magister, esto... ¿es esto lo que vais a predicar hoy en presencia de los duques de Sajonia?

Una risa sarcástica, sus ojos relampaguean, más despiertos ahora que nunca.

–No, amigo mío, no solo de ellos. Si no me equivoco estarán también el canciller de corte Brück, el consejero von Grefendorf, nuestro Zeiss, el burgomaestre y todo el Consejo de Allstedt.

Me quedo de piedra, mientras él se levanta estirando los brazos.

–Gracias por ayudarme a ahuyentar toda duda. Ahora creo que aceptaré tu consejo y me echaré un poco. Te ruego que me llames cuando suene la campana.

CAPÍTULO 14
Eltersdorf, Navidad de 1525

Hoy el pastor Vogel no ha hablado para mí, ni tampoco al hermano Gustav. Su voz era como un trueno sordo, lejano. Estoy solo. Ninguna palabra que consiga convencerme. Ni después del holocausto de los indefensos, ni después de ese grito caído en el vacío. Puede quedarse para él el consuelo de la Palabra, pues yo estuve entre aquellos que creían en su fuerza.

Por la noche, en mi cuarto, con un frío intenso, leo las cartas. Y siento que algo indefinido se abre paso y se acerca cada vez más cada día que pasa: algo que pugna por salir a la luz, pero yo lo mantengo escondido, en el fondo del estómago, con todas las fuerzas. Y cada noche es más difícil.

Al ilustrísimo Magister Thomas Müntzer, pastor predicador de la ciudad de Allstedt.

Ilustrísimo Maestro:

El Espíritu de Dios, que infunde sabiduría y valor, esté con Vos en estas horas de tormento.

Os escribo con la urgencia y la agitación de quien ve avanzar el peligro en silencio y atacar rápido por la espalda al hombre que ha depositado sus esperanzas en él. Ya he tenido ocasión de exponeros que mis oídos habrían podido seros de ayuda, dada su proximidad a ciertas puertas que ocultan intrigas. Pues bien, no sabría decir qué es más fuerte en mí, si la alegría de poder seros por fin de utilidad, tras muchos meses desde mi última misiva, o bien la ansiedad y el desdén por todo lo que contra Vos está maquinándose.

Al Príncipe Elector, que hasta ahora había mantenido una actitud de expectativa, no le ha gustado en absoluto vuestra Liga de los Elegidos. Y de igual modo el sermón que dijisteis en presencia de su hermano. Sobre todo lo alarma el hecho de que podáis disponer de una imprenta y de que vuestras palabras puedan llegar a los focos de la revuelta que van encendiéndose poco a poco en todo su territorio y más allá. No tiene ningún propósito de atacarnos directamente: creo que teme las posibles repercusiones de un gesto desatinado. Sin embargo, quiere alejarnos de Allstedt, de vuestras prensas y de su Sajonia. Un tal Hans Zeiss estuvo de visita aquí hace unos días y conversó largo y tendido con mi señor Spalatino, el consejero de corte. Quieren aislarlos. Zeiss fingirá estar de vuestra parte, pero, mientras tanto, con las debidas pro-

mesas, volverá contra Vos si no a todo el Consejo, por lo menos a vuestro burgomaestre. Dijo estar seguro de lograrlo, y no parecía una simple promesa.

Por su parte, Spalatino os escribirá una carta de parte del príncipe elector Federico para invitaros a Weimar, donde se os concederá la oportunidad de exponer de forma extensa, y ante algunos importantes teólogos, vuestras tesis. ¡No aceptéis la mano que parece que os tienden! No creáis que podéis llevaros la parte del león. No contéis con el apoyo de Zeiss y compañía: una vez lejos de los vuestros os abandonarán, jurando por lo más sagrado que vuestra llegada solo ha causado confusión en su ciudad, que vuestras teorías son peligrosas, que carecéis por completo de esa sumisión a la autoridad que Martín Lutero ha predicado.

Vos contáis con una gran fuerza: la fuerza de la palabra de Dios que encuentra a Su Pueblo por boca vuestra. Entre aquellas murallas, lejos de los campesinos y de los mineros, la fuerza os será arrebatada como a un nuevo Sansón. Zeiss será vuestra Dalila, y ya empuña las tijeras en su mano. Lo repito: no abandonéis Allstedt. Es allí donde os temen, por vuestros sermones y por vuestras prensas de impresión, temen la reacción del pueblo ante una acción violenta cualquiera contra Vos. No se atreverán a ponerlos la mano encima. No partáis para Weimar.

Que Dios Nuestro Señor os ilumine y sostenga.

Quœlet

El día 27 de julio del año de 1524

Esta carta fue sin duda entregada al Magister demasiado tarde, tras su regreso de Weimar, cuando se había entrado ya en el juego del adversario. En esos difíciles días tal vez no tuvo siquiera tiempo de valorar su importancia y en cualquier caso no hizo mención de ello.

Es cierto que esta misiva revela anticipadamente lo que había de suceder. El que pergeñaba estas líneas estaba verdaderamente cerca de los aposentos de los príncipes.

Fue la lucidez de Ottilie la que había de salvarnos en aquellos días. Habríamos podido perdersnos definitivamente, pero esa mujer se alzó de nuevo y nos condujo fuera del negro cenagal de una loca desesperación. Ottilie..., no estarás ahora para llevarme lejos de aquí. No sé cuál ha sido tu final: si fuiste pasto de los mercenarios o de los cuervos. El corazón, seco, me empuja casi a esperar que no hayas sobrevivido a esta nada, a la fría soledad que marca la Navidad de este año de muerte.

CAPÍTULO 15
Allstedt, 6 de agosto de 1524

Otilie es fuerte, resuelta y tiene un pecho soberbio. Magister, cuando aquellos destilados de hierbas y viduños le sueltan la lengua, haciéndola deslizarse alegremente hacia las partes bajas tanto del cuerpo como del espíritu, afirma que esas grandes y turgentes tetas contienen el secreto y la fuerza de la creación, y que justamente de ellas derivan el ímpetu y las revelaciones de estos últimos meses frenéticos, para añadir acto seguido –riéndose a carcajada limpia– que los nuevos fieles no tendrán, ¡ay los pobres!, más que lo que de ellas les cuenten. Pero tales afirmaciones o jactancias no las pronuncia jamás en presencia de ella, puesto que ejerce sobre ese amasijo tonante de carne, espíritu e intuición, un aura que nadie, ni príncipe, ni prelado ni ninguna autoridad constituida, ha sido capaz de ejercer jamás.

Ciertos relámpagos en los ojos de esta hembra superan no pocas veces en centelleante intensidad a los que el Magister emplea junto con sus palabras para inflamar a grandes audiencias. La fuerza de un varón, por grande que esta sea, y dedicada a Dios –y en Thomas Müntzer de Quedlinburg hay de ella una verdadera montaña–, tiene a menudo su origen y disciplina en mujeres que guían y acompañan su despliegue.

La fuerza del Magister se troca a veces en sombría desesperación, estallidos de ira, respingos de orgullo y agudos resentimientos de un hombre sometido a la ardua tarea de una empresa acaso sobrehumana. En tales ocasiones Otilie, por sí sola, es capaz de aplacar los excesos, imponer la razón y la cordura que lleven a ese vigor a recuperarse, a fin de irrigar los corazones del pueblo de los hombres comunes y corrientes de Alemania entera.

Una tórrida noche, en la primera luna de agosto, pongo en ti y en la mujer que se sienta delante de mí la esperanza y ese poco de inteligencia para sacarnos a todos nosotros de una situación que, al cabo de unas pocas semanas, se ha vuelto densa de añagazas y asfixiante como un nudo en la garganta. Mientras nos miramos fijamente a la cara preocupados, tensos y acalorados, sentados a la mesa de cada día donde el pastor de Allstedt redacta sus sermones, el Magister vaga, a merced de una ira cargada de tinieblas, por las calles y callejones de este burgo, armado y con sus arreos de guerra, incitando a los fieles

a seguirlo, igual que el lobo que en noches precisamente como esta lanza su solitaria llamada a la luna en petición de socorro. Vigila su marcha e incolumidad el incansable Elias, que lo sigue de cerca, a unos pocos pasos en la oscuridad, presto a acabar con todo aquel que pretenda atacarlo.

Todo es un hervidero de acontecimientos, difíciles de interpretar, a excepción del único claro y distinguible que, ahora, aquí en Allstedt, se va estrechando como un nudo corredizo, trampa que está a punto de dispararse sobre nuestros destinos y los de nuestros campesinos alzados. No hay tiempo que perder, el Magister necesita ayuda.

—Las serpientes que gobiernan esta ciudad no nos morderán más. Vámonos.

La voz es firme, de una impavidez que contrasta con su joven rostro.

—¿Qué? —Las palabras de Otilie consiguen que se alcen de repente los párpados pesados—. Pero... ¿y el Magister?

—Ya verás como no tardará. Pero hay que cavilar algo, antes de que nos aplasten como si fuéramos insectos.

Es cierto, Otilie, la cabeza. Este avispero de inquietud que no para de zumbar. Me vuelvo hacia la ventana. En silencio trato de escuchar los gritos lejanos del Magister. No sé si los percibo o bien imagino solo comprenderlos. Vocifera que David está entre nosotros, honda en mano. Las palabras de su último sermón a la Liga de los Elegidos, cuando la gente volvía casi la cabeza como queriendo buscarlo, al pequeño rey David con la piedra en la honda, tanto tenían las frases del Magister el tono de una auténtica evocación, y no de un simple artificio retórico. Si tuviéramos que hacer tu alabanza tal como mereces, Señor, nuestros labios se abrasarían a causa del ardor de tu palabra. En cambio, el temor apaga ese fuego.

—Imagino que el Magister tenía ya alguna idea al respecto.

Mis palabras suenan a esperanza.

Sonríe.

—Ideas... ¿Has visto sus ojos al salir de aquí? Seguramente, mil ideas y mil contactos, desde el mar del Norte hasta la Selva Negra. Pero la decisión, ahora, nos corresponde a nosotros...

—¿Por qué no esperamos un poco todavía? ¿Acaso tan necesario es partir?

Sin dudarlo, los labios que se aguzan:

—Sí, hermano, después de Weimar, sí.

—Realmente han bastado tres días... tres días sin el Magister para perderlo todo...

—Ese ha sido el golpe de gracia. Las cosas habían empezado a andar mal.

—Mientras el Magister estuvo aquí con nosotros, no. Una marea de desesperados atestó este cenagal, ¿recuerdas? Afluyeron aquí de todas las ciudades limítrofes, expulsados por los señores... ¡La oleada habría podido sumergir incluso al mismo duque Juan!

Mientras regreso hacia la silla, parece por un segundo aguzar el oído también ella. Luego pasa una mano por la mesa, llena de migajas de la cena.

—¿Ves? —dice recogiénolas todas en el centro y apretándolas en su puño—. Esto hicieron. —Abre la mano y sopla—. Ahora están a punto de barrernos de en medio.

Las palabras salen a duras penas de la garganta hecha un nudo:

—Pero una cosa es cierta, Ottilie. Temen a Magister Thomas como las bestias al fuego. Han tenido que alejarlo de la ciudad, para dar comienzo a las intimidaciones y palizas. Nadie se hubiera atrevido a aplastar a nuestro Wychart y a clausurar las puertas de nuestra imprenta de haberse quedado el Magister.

—Y tampoco esta noche intentarán ponerle la mano encima. Es cierto, es cierto... nadie ha dicho que tengamos que escapar a las Indias. Pensar nada más en otro lugar donde continuar lo que se ha hecho aquí.

Sacudo la cabeza:

—¿En qué puedo ser de ayuda? Sé precisamente que en Baviera los campesinos están tratando de imponer sus razones. Pero me parece que allí no tienen necesidad de nosotros.

—Es verdad. En el sur las cosas funcionan solas. —Escruta la oscuridad más allá de la ventana—. ¿Te ha hablado alguna vez Thomas de Mühlhausen?

—¿La ciudad imperial?

—Exactamente. Hace un año la población hizo aprobar al Consejo unos cincuenta y tres artículos. En la actualidad el poder está en manos de los representantes elegidos por los habitantes de la ciudad.

Una mueca:

—¿Vamos a tener que vérnoslas también con un Consejo ciudadano enemigo de los papistas por simple y puro interés? Mejor haríamos buscando aliados en las haciendas y en el campo. Esos sí que son los humildes de la tierra.

Asiente, mirándome fijamente a los ojos. Algo rumiado desde hace tiempo:

—Ya. Pero una vez que se tiene en la mano una ciudad no es tan difícil volverse contra el condado. Se hizo así también con los mineros del condado de Mansfeld, ¿o no? En cambio, si uno viene de fuera hay que vérselas con murallas y cañones.

Mando al colete el último trago de cerveza:

—... Mientras que estando en la ciudad, los cañones los tienes ya de tu parte.

—¡Sí, pero contra los príncipes, hace falta algo más que cañones!

—Hum. Esos burgueses son gente muy fácil de manejar. El Magister me dijo que también en Mühlhausen uno de los cabecillas de la revuelta tiene extrañas relaciones con el duque Juan.

Me alarga la jarra nuevamente llena, tras haberle dado un primer sorbo:

—Supongo que te refieres a Heinrich Pfeiffer. Sí, nos han hablado de sus relaciones con el duque. Dicen que Juan de Sajonia tiene la mira puesta en la ciudad y ve con muy buenos ojos la confusión reinante allí: es lo que él necesita para presentarse como garante de la paz y asumir el control.

Abro los brazos, para indicar la conclusión lógica:

—Y así piensas que tendremos que intervenir y aprovechar el desorden en favor de nuestra causa y arreglárnoslas para que ese tal Pfeiffer trabaje con nosotros.

—Has sido tú quien ha dicho que esa gente es fácil de manejar.

Reímos. Destellos de calor inciden en la humedad de la noche. Ottilie se aparta un rubio mechón de pelo de la frente y lo inmoviliza detrás de una oreja. Por un instante, diríase casi una niña.

—Nos hemos olvidado de una cuestión que no tiene nada de baladí: cómo marcharnos de aquí.

—No debería ser difícil, pues de veras creo que la última cosa que Zeiss quiere es retenernos aquí y tirar demasiado de la cuerda con los mineros si encarcela a su predicador. Hazme caso, no ven llegar la hora de desembarazarse de nosotros.

—Nunca se sabe... Podría tomarse también a mal la provocación de esta noche, o bien utilizarla como pretexto, o decidir humillar a Thomas Müntzer para volverlo inofensivo. Es mejor no correr riesgos.

Un mordisco en el labio inferior para sintetizar sus pensamientos:

—En tal caso, nos iremos de noche.

CAPÍTULO 16
Eltersdorf, enero de 1526

La vaca de Vogel ha muerto de unas fiebres. Me he quedado para verla estirar la pata, el respirar cada vez más lento, un estertor ahogado, los ojos vidriosos que eran invadidos de indiferencia por el mundo, por la vida.

Dicen que Magister Thomas, antes de ser ajusticiado, les escribió una carta a los ciudadanos de Mühlhausen. Afirman que en ella los invitaba a deponer las armas, porque todo estaba ya perdido.

Pienso en el hombre, que trata de explicarse el porqué. Por qué el Señor abandonó a sus elegidos y permitió que lo perdieran todo.

Te veo, Magister, mientras yaces en la oscuridad de la celda, con las señales de la tortura que llagan tu cuerpo, en espera de que el verdugo ponga fin a tu tránsito terrenal. Pero fue la llaga que tenías en el corazón la que te empujó al último mensaje. ¡No los instrumentos de tortura... no habrían podido nunca... acaso fuera porque pensamos demasiado en nosotros mismos! ¿Acaso porque fuimos impúdicos hasta el punto de escandalizar al Señor? ¿Porque pretendimos interpretar Su voluntad? ¿Acaso porque matamos, porque la rabia de los humildes no tuvo piedad de los impíos causantes del hambre? ¿Es esto lo que escribiste, Magister? ¿Era en esto en lo que pensabas en esos últimos instantes, mientras el ejército de los príncipes marchaba al asedio de la heroica Mühlhausen?

Un motivo. Un motivo cualquiera, hasta la misma voluntad insondable de Dios Nuestro Señor no puede bastar para alejar la desesperación. Porque es de nuevo un grito de desesperación, el lanzado desde lo profundo de una oscura celda. Es de nuevo la sombría angustia de la derrota la que me tiene encadenado en este lecho.

Me parece tan claro como uno de los grabados de ese gran artista de nuestras regiones, por suerte no siempre toscos en lo que se refiere al gusto, a veces incluso dotados de una agradable destreza. Parecía hacer eclosión dentro de los estrechos límites de las murallas. Las casas y las agujas de las iglesias se erguían una sobre otra cual cúmulos de setas en un tronco de árbol.

Es cierto, así podría hablar del recuerdo de la primera entrada en Mühlhausen: cuatro caballos lanzados por nuestros gritos de estúpida chanza, sendero adelante, a poco más de media legua de las murallas del burgo imperial, la tonante carcajada de Elias y las vanas palabras

de reproche de Otilie. Luego al paso, casi marciales, en las proximidades del gigantesco portal, adoptando aires de autoridad no investida, pero no por eso menos importante, con la mirada orgullosa, directa, en aquella mañana ardiente de mediados de agosto.

Se entreveía ya el denso hormiguar de una humanidad varipinta, como una casa de fieras que quisiera, una tras otra, contener un ejemplar de cada especie, tipo, formas y deformidades de entre aquellos que reciben, precisamente, el nombre de humanos; bestias y carretas y bullicio, gritos destemplados, el eco de blasfemias y palabras soeces. Una peste a lúpulo y el ruidoso bullir de vida del barrio de Steinweg, donde se encuentran los establecimientos y se vende cerveza. La cerveza que ha enriquecido a los mercaderes de Mühlhausen como en ninguna otra ciudad alemana.

La palabra de Dios pronunciada en cada esquina; el ala negra de los Caballeros Teutónicos que protege los palacios; la corrupción de los monjes que provoca blasfemias por las calles, confirmando la máxima que reza: Donde hay un céntimo que ganar, abundan los curas. En el dédalo de callejones secos y polvorientos por semanas de sequía, bordeados de paredes de casas y tiendas, posadas y talleres, llenos por todas partes de inscripciones y rayaduras, símbolos de todo tipo, pero en mayor número los que ensalzan al Hércules germánico –Luther–, así exactamente, LUTHER destacaba en cada una de las paredes de nuestro recorrido hacia la iglesia de Santiago, nos precedía y acompañaba con su desprecio, siendo por otra parte generosamente correspondido.

Me asalta, nítido y ruidoso, el recuerdo, el hedor a sudor y ganado del mercado en la gran plaza, que había de asistir en pocas semanas a muy distintos acontecimientos, haciéndome estremecer, palpar, mientras «los justos suplicaban que el martillo de Dios» volviera a caer implacable sobre las cabezas de los usurpadores de su palabra. Una tensión que podía respirarse en los callejones, olor intenso de una injusticia que buscaba resarcirse por medio de la venganza, y hervía inquieta bajo los pináculos de la catedral de Nuestra Señora y en el gran mercado. Como en espera de una chispa.

El gran Elias abriéndose paso entre la multitud, como si fuera un batidor:

–¡Ya he estado en esta mierda de lugar lleno de harapientos y enviados imperiales!

Yo detrás, perdiendo el paso, distraído por los gritos de las disputas de los tenderos y por el ofrecimiento procaz de damas que habían conocido a los soldados pagados del duque Juan mejor que sus propios capitanes. Yo no podía aguantar más, pues semanas de sueños de lujuria me estaban consumiendo de ansias de goce, además de la son-

risa cáustica de Otilie que me seguía de cerca para desanimarme de los ofrecimientos y ponerme rojo como un tizón encendido.

—¡Bienvenidos al polvorín!

Aún recuerdo claramente la primera sonrisa y la frase con la que nos recibió. Heinrich Pfeiffer, en la iglesia de Santiago, cerca de la Puerta de Felchta, punto de encuentro para los habitantes del arrabal de San Nicolás. Ese ambiguo predicador, hijo de una lechera, ex cocinero, ex confesor, ex amigo del duque de Sajonia, artero defensor de la causa de los humildes. Su vinculación con el duque le había servido para hacer elegir a unos cincuenta y seis representantes del pueblo en el Consejo. Sus sermones habían empujado al saqueo de los bienes de la Iglesia y a la destrucción de las imágenes sagradas. Sin el apoyo del duque nunca hubiera resistido mucho tiempo en la ciudad. Admiramos su astucia e inteligencia: no era difícil comprender que juntos, él y el Magister, iban a poder llevar a cabo grandes cosas.

Y, en efecto, helos ya enzarzados en una acalorada discusión sobre cosas que conviene hacer y sermones incendiarios que hay que pronunciar para los burgueses y los desharrapados, los desheredados de la fortuna, las gentes del condado y también los notables, que «deben dar prueba enseguida de las ganas que tienen de meter sus caras de cerdo cebado dentro de un plato humeante de excrementos».

Ahora, desde mi escondido rincón, Mühlhausen parece una ciudad de sueño, un fantasma que lo visita a uno de noche y le cuenta su historia, pero como si no fueses tú quien la ha vivido, un cuadro a pincel y buril, así lo recuerdo yo, como si fuera obra de ese genial pintor nuestro, micer Alberto Durerro.

CAPÍTULO 17
Mühlhausen, Turingia, 20 de septiembre de 1524

Artículo primero: [...] Proponemos humildemente la petición de que de ahora en adelante toda la comunidad pueda ejercer el derecho a elegir y nombrar directamente a su párroco [...]

Artículo segundo: [...] Es voluntad nuestra que de ahora en adelante el diezmo sobre el cereal sea recogido por miembros del presbiterio elegido por la comunidad y dejado al párroco en cantidad suficiente para su mantenimiento propio y el de los suyos. El remanente deberá dividirse entre los pobres del pueblo de acuerdo con sus necesidades [...]

Artículo tercero: [...] Hasta ahora ha regido la costumbre de considerárenos propiedad personal del señor, cosa reprobable, si se piensa que Cristo nos liberó con su preciosa sangre a todos sin excepción [...] No nos cabe duda por ello de que vosotros, en tanto que verdaderos cristianos, nos liberaréis de la servidumbre de la gleba [...]

Poco después de vísperas una noticia se mezcla con el olor de la cerveza que comienza a llenar las jarras. Han mandado a prisión a uno, medio borracho, por insultar al burgomaestre.

Pronto no se habla de otra cosa. ¿Quién era el tal sujeto? ¿Qué le ha dicho exactamente? ¿Y dónde ha sucedido eso? Nos enteramos de que lo han encerrado en las mazmorras del ayuntamiento y la cosa solivianta a todo el mundo. Son muchos los que se ponen en pie hechos un manojo de nervios, descargan puñetazos sobre la mesa, salen para dar aviso a cuanta más gente mejor. ¡Esta vez las pagarán todas juntas, esos bastardos!

Saco la nariz del mesón. Medio arrabal de San Nicolás se ha echado a la calle y los gritos van en aumento rodando de boca en boca. Los más exaltados, con las jarras y los peines de telar aún en la mano, como sorprendidos por una emboscada en pleno corazón de la noche, suben con paso nervioso el empedrado que lleva a la Puerta de Felchta y a la iglesia de Santiago. Buscan al Magister. Este baja, rodeado de un palpitar de voces impacientes de exponerle lo que están convencidas de que hay que hacer. Un poco más adelante de nosotros, el grupo disminuye la marcha y comienza lógicamente a engrosarse, delante de la posada de la Osa, donde la calle se ensancha en las inmediaciones del lavadero público.

En un mes desde que estamos aquí he tenido ocasión de comprobar que el fantasma de la agitación es un habitante más de esta

ciudad. No obstante, no comprendo del todo una reacción semejante ante un arresto que no tiene nada de excepcional. Ni siquiera se sabe quién es el que ha acabado en prisión. Solo un detalle sirve de eje a los rumores que circulan: el malaventurado injuriador ha sido encerrado en las mazmorras del Ayuntamiento, cuando hubiera tenido que utilizarse para dicho fin la torre del mismo edificio.

—¿Qué es esta historia de la torre y de las mazmorras? —le pregunto a un anciano que observa la escena a mi lado.

—Octavo artículo de nuestro ordenamiento municipal: no más encarcelamientos en las mazmorras, sino únicamente en la torre. ¡Si viese qué cloacas son esas mazmorras, comprendería que no es cuestión de códigos!

Levanto la vista por encima de las cabezas: Magister Thomas está ya en pie sobre un guardacantón. Vocifera contra el abuso y la burla hecha al pueblo. Debajo de él un ir y venir continuo de gente que corre a llamar a otra y va a buscar instrumentos defensivos y piedras. En medio de la muchedumbre, Elias se abre paso hacia mí. Al verme, grita más alto que todos:

—¡Ve a buscar a Pfeiffer! Y dile que dentro de no mucho rato estaremos bajo las ventanas del Ayuntamiento y que se traiga a toda la gente que pueda.

A todo correr hasta las murallas. Me presento dándome a conocer al centinela: ningún problema, evidentemente no se espera ninguna reacción. Sin dejar de correr tomo por la Kilansgasse. Un clamor al fondo de la calle, hacia la iglesia de San Blas, me indica que Pfeiffer no ha perdido el tiempo.

Tan pronto como doblo la esquina y aparezco delante de él, también él de pie sobre un púlpito improvisado, interrumpe la arenga y señalándome se pone a gritar:

—Aquí está, aquí tenéis a un mensajero del arrabal de San Nicolás. Viene sin duda a decirnos que Thomas Müntzer y los suyos están trastornados por la decisión de ese cerdo del burgomaestre... ¿No es cierto, maestro?

Las cabezas del auditorio se vuelven hacia mí como un campo de girasoles.

—¡Es cierto, hermano Pfeiffer! Por la Puerta de Felchta los de San Nicolás se encaminan hacia el Ayuntamiento.

Mientras me acerco a esa pequeña multitud, Pfeiffer salta del guardacantón y corre a mi encuentro. Me echa el brazo sobre los hombros y susurra:

—Dime, hermano, ¿cuántos debéis de ser vosotros?

Exagero:

—Unos doscientos podéis contar.

Me arponea la clavícula:

–Bien, esta vez los joderemos vivos. –Luego en voz más alta–: Se arrepentirán de esta afrenta, te doy mi palabra. ¡Al Ayuntamiento, hermanos, al Ayuntamiento!

Sus palabras son ya un grito de guerra.

No sé cómo han aparecido las grandes horcas, las teas y las tran-cas. Simplemente, en un determinado momento yerguen sus puntas sobre el bosque de cabezas, mucho más espantosas que las alabardas de los esbirros que cierran el acceso a palacio. Uno de ellos sube corriendo las escaleras para ir a pedir instrucciones. Vuelve seguido de una quincena de otros esbirros.

Se enciende la discusión en las primeras filas. Circula la noticia de que el insulto concreto dirigido por Willi el Pústulas contra el bur-gomaestre Rodemann ha sido un «Bésame el culo», acompañado de una exhibición del trasero. Para muchos se trata de una invitación incluso demasiado explícita a repetir el gesto, y decenas de culos toman como punto de mira el Ayuntamiento.

De pronto, allí delante, un gran alboroto. Me pongo de puntillas y me agarro para ver mejor, saboreando anticipadamente la escena de la humillación definitiva de Rodemann. A quien veo, en cambio, es a Elias, que levanta en peso, por encima de los hombros, a un indivi-duo canijo de mediana edad, con la cabeza casi pelada y la nariz amoratada llena de venillas. Grita de alegría y unas manos en alto lo reciben y lo hacen saltar por encima de las cabezas:

–¡Es Willi! ¡Viva Willi! ¡Jodido cabrón de mierda! ¡Viva Willi! ¡Rata de cloaca! ¡Grandísimo Willi!

El gentío lo lleva en volandas a través de la plaza, una muchacha que alguien lleva a hombros le enseña las tetas delante mismo de su cara y Willi se arroja por ellas como quien acaba de ver un milagro. Le tiran verduras y dulces que lo ponen hecho un asco de pies a ca-beza. Le grito entre risas:

–¡Viva el rey Willi! ¡Viva el héroe de la gente de Mühlhausen!

Y el borrachuzo, como si me hubiera oído, vuelve la cabeza hacia mí, haciendo la señal de la bendición en el aire segundos antes de que un repollo vaya a estrellársele en plena cara.